This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

LA
LIN
MÁ
POR
FACU

LA
LINTERNA
MÁGICA
POR

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XV.

SANTANDER.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1891.

SAL 1568.2.44

HARVARD COLLEGE LIBRARY

APR 30 1920
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

La Linterna Mágica

SEGUNDA ÉPOCA.

VERSOS

DE

JOSE T. DE CUELLAR

SANTANDER.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE **L. BLANCHARD.**

1891.

Poesias Satíricas de Fagundo

LA POESÍA ERÓTICA.

(AL DOCTOR PEREDO).

IMAGINO, Manuel, que habrán llegado
A interrumpir la paz de tu retiro
Los cantares de moda; esos cantares
Llenos de fuego, tétricos y raros,
Que producen los poetas á millares,
De fama, y gloria y de renombre avaros.
Notado habrás la forma extravagante,
El amaneramiento y hasta donde
La hipérbole, figura delicada
De manejarse bien, su fama esconde,
Quedando, francamente, mal parada.

Nota que el erotismo
Es hoy una cuestión de geogonía;

Y es tal esta manía,
Que ya no hay un amor sin volcanismo,
Sin lava, sin abismo,
Y sin esa fatal palabrería
Que ni las mismas furias infernales
Pudieron registrar en sus anales.

Ya no el sentido alarde
De casto amor, ni el giro cadencioso
Del sentimiento puro
Corazones tiernísimos alientan
En personas decentes;
Hoy los poetas revientan
Hidrópicos de amor, incandescentes,
Y sangran, arrojando, no frioleras,
Ni lágrimas, ni llanto, ni suspiros,
Sinó de hiel y fuego, en raudos giros,
Cataratas enteras.....

Otros suelen decir (y esto es un hecho)
Que tienen roto el pecho,
Con el golpear del corazón! y algunos.....
(Mira si son los táles aguantones)
Tienen el corazón hecho girones!....

Hoy los poetas lloran otra cosa,
Pues las lágrimas eran muy sencillas,
Y nunca una sustancia venenosa;
Hoy te espetan en verso, y hasta en prosa,
Que el llanto ha *calcinado* sus mejillas.....
Hay otros—puede ser que no me crean,
Pero lo he visto escrito y hasta impreso—
Que al pintar lo que sienten con un beso
A asegurar se atreven que *jadean*.

Pobre generación! ¿Me das familia
Más desgraciada que ésta
De los amantes de hoy? no hay uno solo
Que no tenga surtido el protocolo
De fuego, hiel, ponzoña y amargura,
De torrentes y piélagos y truenos,
Para entonar sus trenos
Espeluznantes, llenos de pavura.
Ya ninguno ama aquí como Dios manda;
Todos, cual más, cual menos,
Son tan desventurados
Y les han sucedido
Tantas cosas atroces y terribles,
Que, ebrios, desesperados,

Nos revelan dos mil desaguisados
Pasmosos, colosales, imposibles!...

Y porque no presumas que exajero,
Y en la hipérbole que huyo, caigo, advierte
Que esa amargomanía
No es fruto de la edad ni de la suerte;
Porque no sólo afecta
A hombres de mundo y en la edad provecta,
No señor; lo notable
Es que párvulos, niños nuevecitos,
Barbilindos y pollos tempraneros,
Aceptan esa moda abominable
De atrabiliarios míseros copleros.
Todos son desgraciados;
Y las damas también; y si hacen versos
¡Adios! es de cajón que empiece el llanto,
El duelo y el quebranto,
Y otros mil contratiempos muy diversos,
Sueños, delirios, dudas, decepciones,
Suspiros á montones
Y mucho de ese estilo plutoniano,
Geológico, y espírita, y pagano.

Tienes chicas de quince y veinte abriles

Ya con su Ceboruco
Y su mar de amargura
Dentro del corazón, contando á miles
En sus primeros años
Torturas y funestos desengaños.

Confiésote, Manuel, que muchas veces
Me he puesto á meditar sobre este tema,
La tendencia estudiando
Y los diversos giros comparando
Del amor de no ha mucho y del de ahora,
Y al fin echo de menos
Espíritu modesto y galanura,
La dulce castidad, y la finura,
Pureza en el decir, y el delicado
Tacto en el giro que á rasgar no vaya
El deleznable velo
De virginal pudor: todo eso falta,
Y en los terribles versos de estos días
Encontrarás que la pasión resalta
En lucha siempre con el hado impío,
Gimiendo, apostrofando,
De hipérbole en hipérbole llegando
Al delirio febril; y allá en el fondo,

Sin poderlo ocultar, inadvertidos,
Dejan que juegue en ese amor de infierno
El principal papel á los sentidos.

¿No opinas como yo, Manuel, que el estro
De los modernos poetas se extravía
Por falta de moral en la poesía?
Es la pasión del bruto sin reserva
La inspiradora de la vil caterva,
Sin freno al torpe y al carnal deseo,
Sin la veneración á la belleza,
Sin el casto ademán y compostura
Que cuadra á la mesura
De la noble hidalguía y gentileza
De culta gente, que, en dorada lira,
Bellezas canta que el amor le inspira

¡Oh jóvenes poetas,
Cuya alma ardiente al niño amor el canto
Consagrais de los plectros gemidores;
La casta flor de la inocencia, en tanto,
Es la flor más sensible de las flores,
Y su perfume es virginal y santo.
No la toqueis; reliquia es consagrada,

Y prenda de virtud inmaculada
Que la pasión indómita y terrible
Como huracán destroza.
Respetad esa flor pura y sensible,
Cantadle, si podeis, para ensalzarla,
Cantadle, oh juventud, sin marchitarla.

LOS GATOS LITIGANTES.

(ASUNTO AGENO).

FÁBULA.

Con motivo de un queso, cierto día,
Empeñaron dos gatos tal porfía,
Que en el calor de aquel desaguisado
Apelaron al fallo del juzgado.
Era juez por entonces
Un mono docto, rígido y severo,
Quien, enterado de autos y probanzas,
Mandó que le trajesen las balanzas.
Partió poco á poquito
En dos trozos el cuerpo del delito;
Los pesó y encontrando más pesado
El uno, hincóle el diente al más ligero
Y los volvió á pesar; por decontado
Para torcer el trámite, primero,
Y luego, para asir doble bocado.

Notan las partes, con *spleen* creciente,
El curso que tomaba el expediente
Y—Señor juez—le dicen—desistimos,
Dénos usted el queso y nos salimos;
Estamos satisfechos.
—Mas la justicia no—replica el mono
Sin salirse de tono—
Estoy bien enterado de los hechos,
El caso es complicado, y la ordenanza
Me manda que equilibre la balanza—
Y el juez á dos carrillos
Comía queso de los dos platillos.
En último recurso aquellos gatos
Mirando que escasea,
En trámites, el queso de los platos,
Piden se sobresea
Y les den lo que sobra,
Haciéndoles así, bien y buena obra.
—¡Lo que sobra!—exclamó furioso el mono,
Acabándose el queso,
Lo adjudico á las costas del proceso.
Y salieron los gatos del juzgado.....
Como salen los clientes
Cuando ponen lo suyo ante un letrado.

EPÍSTOLA SOBRE EL ABUSO DE LA CHANZA.

CEDO otra vez á mi fatal manía,
Y afán inutil de arreglar el mundo,
Cual si la gente alegre de hoy en día
Se cuidara de cartas de Facundo,
O cual si yo pensara
Que el remedio á los males que delato
Con sólo mis razones se encontrara.
Pero pláceme á veces,
En tono de amistosa confidencia,
Contarte lo que el mundo, en sus dislates,
Inspira á mi razón y á mi conciencia.

Te has quejado, y te sobran los motivos
De que se vive en México jugando;
Que ha tiempo es moda nuestra y vieja usanza

El abuso frecuente de la chanza
Que raya en vituperio,
Y que ni honra, ni amor, ni fé, ni gloria,
Ni aún el crimen tal vez, se toma en serio.

Tienes razón á fé. Mira á mengano
Faltando á sus deberes, á sus citas,
A su palabra, y á su fé y decoro,
Celebrando un contrato con fulano,
Burlándole después traidoramente,
Sin temer la deshonra y el desdoro,
Y contarte con júbilo impudente,
Y riéndose cien veces,
Que tiene... no vergüenza ó tabardillo,
Sinó... lo más sencillo,
Que tiene *nada más ¡muchos ingleses!*

No entra D. N. á un grupo de improviso
Sin traer en el coleto
En relación de tal ó cual sugeto
Que está pobre, ó casado, ó en la cama,
Un sangriento epigrama.
Ni se habla de tal honra ó tal miseria,
Tal crimen ó tal ruina,
Que en el grupo no encuentre un Rigoleto,

De palabra asesina,
Que arruíne al arruinado por completo.

Maneja aquél los fondos del erario
Por que rodó la bola,
Y es ya señor en vez dc presidiario
Y medra, estafa y roba en demasía
A la pobre Nación á troche y moche;
Mas como arrastra coche,
Entra muy bien aquí la torpe usanza,
Y en vez de estigma y anatema y palo,
Como lo menos malo
¡Se habilitó! Muy bien! grita la chanza.

Sospechándose víctima mengano,
Entra de los verdugos en el corro
En que para él los chistes son agravios,
Y prefiere á ser víctima ser zorro,
Y también lleva un chiste entre los labios.

Quéjase álguien de un mal, de una des-
[gracia.
De que á tal desazón ya no resiste,
Y en vez de hallar consuelo, auxilio, amparo,

Con sin igual descaro,
Hay quien lo hiera con sangriento chiste.
También al ignorante gran servicio
La chanza presta en son de comentario;
Si en chanzoneta acierta, ese es su oficio,
Y si no, como en chanza, es lo contrario.
Pasa la chanza á ser, y esto es muy serio,
Lo que se llama el público criterio.
Y por que de este error el que me lea
Se entere y se convenza,
Pare mientes en ello y luego vea
El rachazo que el chiste va temiendo
Del corro y del garito hasta la prensa.

Perpétrase algún crimen espantoso,
O inmundo ó vergonzoso,
Que execra la moral y que lastima
La noble fibra del orgullo humano;
Crimen que el hombre recto y bien nacido
Indignado condena; y el intérprete
De sentimiento tal, puro y sincero,
Es un pollo, precoz gacetillero,
Que aguza su magín y se reviste
De infernal regocijo cuando encuentra,

Al relatar el crimen, algún chiste
Que arranque á la indignada
Sociedad una alegre carcajada.
Y es tal la torpe usanza
De manejar en todo, y para todo,
El dardo envenenado de la chanza,
Que el caló de la cárcel
Llega á la redacción, y el periodista
Sin respeto á sí mismo,
Sin fé en la dignidad de que blasona,
Le llama á la prisión *chinche ó chirona*,
Hijos de Caco á los ladrones viles,
A una herida mortal llama *un trastazo*
Y á la inmunda embriaguez le llama *mona*.

La muerte arranca al hijo, á la doncella,
A la esposa, al hermano,
Un sér querido, respetable anciano,
De un horizonte azul última estrella,
La dicha del hogar. Y el periodista,
Que es siempre tan chistoso y tan chancista,
Y es maestro en el arte,
Al morir respetable octogenario
Redacta de este modo el obituario:
«*Se largó con la música á otra parte.*»

Faltas sobran á Paco,
Y aún crímenes, que sabe todo el mundo,
Y execrado sería,
Y la muerte civil le seguiría,
Si en Plateros no fuera recogiendo
Chusca ovación á sus hazañas viles.
Y de este modo, inoportuna chanza
El estigma social que mata al reo
Convierte en broma y chiste y alabanza.

Moda es á fé, pero la moda misma
Origen reconoce. Es la conciencia
Maltrecha y vergonzante
La que pone delante
Frase falaz y que á reír provoque,
Porque, riendo, la verdad radiante
Las propias llagas con su luz no toque.

Duéleme contemplar el extravío
Del sentido moral. La chanza en todo
Ejerciendo su yugo,
Cubre las llagas, crímenes y duelos,
Tuerce el severo juicio, el anatema,
Y la social reprobación; confunde

Jueces y reos, víctima y verdugo,
Y, á la bajeza y la maldad propicia,
El pedestal de la moral desquicia.

Por diferentes vías
En la eterna carrera del progreso
Degeneran algunas sociedades
Y caen en vergonzoso retroceso.
El lujo y la embriaguez y la lujuria,
Peste de las ciudades,
No son plagas mayores que la usanza
De pervertir el público criterio
Con la inmunda ponzoña de la chanza.

EPÍSTOLA

Á UN AMIGO DE CONFIANZA

sobre los estragos del amor en nuestros días.

Deja que entone en mi doliente lira
El que el amor de ahora, canto triste,
Esta amorosa sociedad me inspira.
No del sencillo y dulce epitalámio
Escucharás el ritmo cadencioso;
Ni del idilio que al amor se apreste
El tono suave y el sabor agreste;
No el madrigal travieso,
Ni la égloga sencilla que murmura
Castas endechas de cadencia pura
Y amar conduce al alma,
Mecida en sueños de apacible calma.

Psyquis huye cuitada
Al acecho de Sátiro engañoso;

Destrozado el cendal, la faz marchita,
Solloza al escuchar el horroroso
Clamoreo de crápula maldita,
Y por do quiera el eco la persigue
Del canto de la noche vergonzoso.

No indiscreta mi musa
Va á levantar el mal corrido velo
Del doméstico hogar, ni va á contarte
Intimidades raras y secretas,
Cual suelen los poetas
Por divertir á la curiosa gente;
Más alta es mi misión, más alto el númen
Que este cantar inspira
A mi, olvidada, plañidera lira.

Pendientes mis miradas
De la insegura nave del Estado,
De los públicos males, del peligro
De la patria querida,
Buscan en el hogar y en las costumbres
Ese funesto vírus que se expande
Y corrompiendo amengua
La virtud y el valor, y que pervierte

La sociedad más próspera y más grande
Hasta verla morir envilecida
De humano orgullo y de los pueblos mengua.

He dado ya en el item; y te advierto,
Aunque á reír mi credo te provoque,
Que el origen del mal, toque á quien toque,
Es el amor, y de ello estoy bien cierto.
Este rapaz, con sólo la friolera
De tres mil y más años que han pasado,
Ya dejó de ser griego y mitológico,
Casto, puro y mimado,
Para ser un bribón anfibológico
Bien mexicanizado.
Encuéntrase feliz en nuestro clima,
Tan dulce y tan benigno,
Que al ocio blando y al deleite incita;
Y ha medrado tan bien entre esta gente
Que vive de chacota y de bromita,
Que sentando sus reales el muy tuno
Aquí, ya no hay sitio que le cuadre,
Y se ha cambiado en todo
Enmedio á nuestras cosas de tal modo,
Que ya no lo conoce ni su madre.

Por comenzar temprano su tarea
Inspira á los chiquillos de la escuela;
Y aún antes de los premios, no hay pelele
Para el que amor espuela
De sus hechos no sea;
Y así por esas calles y paseos
De fresnos y pomposos tamarindos,
Te encontrarás de amantes barbilindos
Parvadas de Julietas y Romeos.

Temprano aman los tales,
Pero á más y mejor; y aman de prisa;
Y aspiran á inscribirse
Del registro civil en los anales
Aún antes de pensar en su camisa.
Contempla, por piedad, esa cohorte
De anémicos, enclenques mariditos,
Mal nacidos los más, pobres de bolsa,
De cuerpo y de caletre,
Mas no de amor; que es la única en su triste
Vida vegetativa
Funesta universal prerogativa.
Míralos cual moluscos del erario
La vida devorar de la quincena,

Y cada uno gastar, cual millonario,
Entero un mes de haber en una cena.
¿Pues y la prole de los tales? brotes
De exhausta, enana planta,
Que al hambre y al dolor pagan tributo.
Y el padre, todo amor, amor de bruto,
En desgraciado hogar mezcla vicioso
Al blanco azahar de cándido himeneo,
Del vicio torpe y feo
El execrado vírus vergonzoso.

Cual de la propia escuela
El padre de tal pollo;
Exclama á todo «amen» que esa es la raza
Que el hortelano llama tempranera;
E hijo y padre hallan traza
De llevarse al hogar la compañera.
Todo es fandango y broma y alegría,
Y sobre todo, amor, y que arda Troya;
Amar es lo que importa,
Y del dulce himeneo en la tramoya,
No hay que afrontar difíciles cuestiones
Tocantes á la torta
De enfadosa y falaz economía,

Del matrimonio conservar la estética,
Amar mucho, y perdonen la aritmética,
Y el sentido común; y en esta danza
Viene del sino la primera chanza
En forma de un pelón rosado y lindo
Que no hay á quien no cuadre,
Retrato, por supuesto, de su padre.

No viene, como dicen, con su torta,
El tal pelón, y el padre no ha medrado
Desde que está casado;
Gasta más, eso sí, pero no gana,
Y por más que se afana
En encontrar al Dios de los casados,
Crecen deudas y penas y cuidados,
Pero la hacienda nó: ¿creerás que entonces
Un marido como éste
Mide el gastar para que no le cueste?
¿Trabaja más? ¿Discurre algún remedio?
¿Se suicida siquiera? ¡Bobería!
¿Sabes lo que hace en situación tan seria,
Enmedio del desdoro y de la ruina?
Emborrascarse—es su expresión,—bebiendo
Copas en la cantina.

¿Y creerás que aquí para el desvarío?
Fuera poco avanzar, ser un cobarde,
Temiendo al hambre, al deshonor y al frío.
No tal, es menester hacer alarde
De cinismo y valor, y como todo,
Exceptuando el amor, lo va perdiendo,
Recurre este casado...
(No pienses que exajero,
Porque miles como éste
Te los puede mostrar México entero)
Recurre pues... ni al diablo se le ocurre,
A tomar por consuelo de sus penas,
¡Otra mujer con todas sus cadenas!
Esta mujer se llama *la otra*. Inquiere
Si dudas de mi homilia,
Verás que de *las otras* es inmensa,
Y numerosa y grande la familia.

Este es el tono de hoy; es muy de moda
Aquello de escurrirse *á la otra casa*,
Convidar un compadre
Para un bautismo oculto,
Tener tres niños de distinta madre,
Y hacer de la progénie un envoltorio,

Es darse todo el *chic* que se requiere
Para ser un Tenorio,
Y en el corro, y el truco y el garito
Alcanzar el renombre de *maldito.*

Ven conmigo, lector, y entremos juntos
Al desolado hogar donde la esposa
Largas horas devora de amargura,
¡Pobre mujer! su negra desventura,
Marca hondas huellas en su faz marchita.
Una por una huyeron
Sus dulces ilusiones,
Y su alma sacudieron
Como á la vela en alta mar, las olas
De los revueltos, bravos aquilones.
¡Adios amor, y ensueños y delirios
Del amante faláz! Corren las horas,
Se oculta el sol, la noche tenebrosa
Acrece el padecer... silencio horrible...
Sola la esposa en el hogar velando
Comprende que la dicha es imposible;
Ayer me amaba, exclama... y de rodillas
Honda plegaria eleva, y llanto amargo
Corre como un raudal por sus mejillas.

Entre tanto el infiel, como es ardiente,
Y nació en este clima, y ha olvidado
Toda ley de moral, piensa que es justo
Poner su amor en la mujer agena
Que halló más de su gusto.
Esta es la moda de hoy; á ella tributo
Le rinden á porfía
No vayas á pensar que los pilletes,
O adocenada chusma de elegantes,
Ligeros y pedantes,
O nada más algunos mozalvetes;
No señor; y holgaríame
De hallar tal vírus en incauta prole
Sin pàsarme de ahí. Lo que lamento,
Y á la moral y al porvenir afecta,
Y carcome el cimiento
De nuestra sociedad, es que esa moda
Domina en hombres de una edad provecta.

Medita con cuidado;
Observa el ademán del magistrado
En la hora solemne de la audiencia,
Y notarás las vistas disolventes
De su arrugada faz. De las pandectas,

De la jurisprudencia en el arcano,
Del Derecho romano
Y otras meditaciones
De donde surgen leyes y medidas
Que salvan y engrandecen las naciones,
Lo saca de repente el rojo diablo
De la lujuria atroz la imágen blanda,
De meretriz que espera
Ver la toga caer de aquellos hombros
Del crepúsculo en la hora placentera.

Mira la faz del viejo replegarse
Ante una acotación de Triboniano
Con la risa del sátiro profano.
Observa como pasa á un nuevo mundo
Su talento fecundo,
Y como aduna en su cerebro enfermo,
En su actitud inerte,
Los piés de Chole con el reo de muerte.

Recorra tu oportuna
Mirada penetrante la tribuna,
El foro, el magisterio,
El aula y el altar; y en donde quiera

Huella hallarás de este fatal misterio
Ejerciendo en la sombra,
Sobre un futuro aterrador, su imperio.

¿Cómo la mente divagada y ébria
En el sexual instinto
Y en la disipación, oprobio de la gente,
Pudiera enderezarse á la madura
Reflexión, y al reposo, y juicio frío,
Ni cómo paternal afecto y brío
En gobernar la nave del Estado
Puede sentir el que, viviendo ageno
Al calor del hogar, sólo ha gastado
De crapulosa orgía
En el sopor maldito el pensamiento?
¿Y el ánimo viril, y el noble impulso
De amor, de caridad, y el ardimiento
Y fé en la árdua tarea
De emparejar con paternal constancia
Al porvenir de un pueblo
De honor y dignidad la noble idea?

La senda que conduce al ciudadano
A la noble curul del Capitolio,

A la alta dignidad, y á los honores,
Comienza en el hogar, bajo la egida
Del honor conyugal, y protegida,
En tan sagrado templo,
Por la virtud, y el orden y el ejemplo.

La intriga y el cohecho,
El vergonzoso tráfico y el crímen
Brecha abrirán al alto santuario
De la ley, y la ambición bastarda
Asaltará el poder; pero ante el juicio
De la conciencia pública y del mundo,
Y de la recta é imparcial historia,
Aspirarán en vano
A que honren su memoria
Con el limpio blasón del ciudadano
El que la ley moral desconociendo,
En vergonzosa crápula ha vivido
Sin haber nunca sido,
Buen hijo, buen esposo, y buen hermano;
El íntegro y honrado ciudadano
Honra padres y prole y patria á un tiempo;
Pero no se concilia
La fé y respeto al alto funcionario,
Si no ha sido buen padre de familia.

LOS LIBROS Y LAS GATAS.

NUESTRO Doctor Peredo
Presentó en el certamen de Orizaba
Dos libros; y el jurado,
Sabio por de contado,
En la acepción del término más lata,
Le adjudica á Peredo
La medalla de plata.
Por este hecho, ¡oh amigo! te penetras
De que el Jurado aquel honró las letras;
Pero una tal Leonarda
A la vez presentó una gata parda,
Y el ardiente Jurado orizabeño,
Dechado de justicia y de decoro,
Con el mayor empeño
Le adjudicó á Leonarda
La medalla de oro.

Este hecho fija bien, aunque dé grima,
Y sin dejar recurso á fé de erratas,
El valor que entre gentes de aquel clima
Suelen tener los libros y las gatas.

Con sus acostumbradas reticencias
Y su gráfica mímica, Peredo,
Dice al hablar de libros y de ciencias:
Que no se mama el dedo
Y en vez de libros, en que el tiempo pierde,
Para el otro certamen
Está pensando hacer un gato verde.

EL ANGEL Y LA BESTIA.

ESE soy yo.—La dualidad se entiende;
Y luchando mi orgullo y mi modestia,
Mi razón no comprende
Si tengo más de bestia que de angel,
O tengo más de angel que de bestia,
Y en tanto usted y yo lo averiguamos,
Oh lector, discurramos,
Pues pese á quien pesare este consorcio,
Que espera su divorcio,
O lo de *bestia* caiga mal á alguno
O juzgue lo de *angel* importuno;
Ello es que usted y yo y su compadre
Y todo hijo de madre,
Sea cual fuere su orgullo y su modestia,
Somos un duo de *ángel* y de *bestia*.
Mi *angel*, sin ir muy lejos,

Me muestra de otra vida los reflejos,
Me hace pensar y amar, y sabe él mismo
Que su vida pasada
Se pierde en las tinieblas de un abismo
Y no recuerda nada;
Pero comprende, en su creciente anhelo,
Que es su inmediato porvenir el cielo.
Pero la *bestia* mía
A fuer de tal, indúceme, y seguido,
Al torpe yugo del deleite blando;
Y una vez cada día,
Ya suculenta polla, ó vino añejo,
Fandango, ó moza, ó trufa ó berengena,
Dominando mi pena,
Disipa de mi frente el entrecejo
Y hasta el duelo del alma y la carcoma,
Y mi angel ¡ay de mí! sublime y todo,
Se conduce de modo
Que deja que mi *bestia* goce y coma.
Muchas veces la bestia me aconseja....
¡Válgame Dios qué cosas! si vacilo,
Consúltole intranquilo
Al angel con el tono más sincero;
Y éste, al ver mi humildad y mi modestia,

Deja de ser severo,
Y ¡adios de mi virtud! triunfa la bestia.
Nada. Se pone mi angel de bromita
¿Lo pasará usté á creer? angel y todo
Le divierte la bestia de tal modo,
Que la cuestión aborda
Haciendo el angel de la vista gorda.
¿A mozas voy? la bestia se encabrita,
Y en alegre ademán se regodea;
Cual me tira y me incita,
Y una tras otra, como gotas de agua,
Barbaridades fragua,
Y bufa espeluznándose y patea.
Recurro al angel; y modesto y casto,
Del pasto espiritual, del dulce pasto
Le da á la bestia por la fuerza un pienso;
Y á cada tentación y á cada... el angel
Drogas me da de antífonas é incienso,
Piadoso me aconseja,
Y si moza me tira—busca vieja—
Dice, que es buena idea,
Y si beldad te endiosa busca fea.
Conforme con la homilia,
Comiendo de vigilia

Y huyendo del baldón y del ludibrio,
El angel triunfa en tan solemne caso,
La bestia ceja y endereza el paso,
Y vuelvo á conservar el equilibrio.
En lo que anda la cosa del demonio,
Es en el matrimonio:
Se casa Juan, con arras, misa y todo,
Y como empina el codo,
De la luna de miel una quincena
Se sopla en una cena,
Y sale al otro día
Gritando por la calle ¡lotería!
Pero al cuarto menguante
Confiesa Juan, sin pizca de remedio,
Que en casarse la erró de medio á medio.
Y es que el tál se excusó de la molestia
De consultar, y el angel no hizo nada,
Y en esa borrumbada
El casorio arregló sólo la bestia.
En resumidas cuentas,
Este es el gran negocio de la vida:
O pecas ó revientas.
Porque esto de llevar en paz y unida
La pareja de bestia y angel juntos,

Tiene, lector, sus puntos.
Y.... mire usted: el único consuelo
Que nos queda, no obstante la molestia,
Es esperar en el mundano suelo
Que se pudra la bestia,
Y el angel libre se remonte al cielo.

EL MUNDO.

BUENO *es el mundo, bueno, bueno, bueno:*
Este verso es ageno;
Mas viene tan á pelo, que, de fijo,
Aunque vivan sus padres, lo prohijo.
Suele ser nuestro mísero planeta
De índole retozona
Y por demás inquieta;
Pues sin decir «ahí voy, ó usted dispense»
El día menos pensado,
Cual si fuera de palo ó de cotense,
Se le rompe la costra por un lado,
Y á manera de chanza
Hace en Lisboa, en Nápoles ó en Lima,
Sin maldita la pena,
Una marimorena
De quince ó veinte mil de una matanza.

Y cual si fuera el hecho muy sencillo,
Sigue rodando el pillo
Con su nuevo chichón que arroja lava
Hasta que se le acaba.
Otra vez se le antoja al muy travieso,
Cual famélico can que se hurta un hueso,
Secuestrarse un islote,
O hundir en el abismo
Una ciudad, que viene á ser lo mismo
Tratándose de entierros de capote.
A veces que no ha estado muy de prisa,
¡Mire usted qué cinismo!
Después del cataclismo
Se divierte el muy tuno
En enterrar á un pueblo en la ceniza.

Tiene otras diversiones
De muy distinto género: á su lado,
Lector, por de contado
Que son niños de teta los Nerones.
Se le antoja soplar, mas no derecho,
Que eso sería mal hecho,
Sinó en círculo, y recio, y ¡qué pulmones!
Arrebuja en un tris cien poblaciones,

Tira templos y casas;
Lo mismo arranca cedros y sabinos,
Cortijos y molinos
Que espigas y ligeras calabazas,
Le pone á usté un tejado
Donde no ha menester, y deja el río
Por lo pronto vacío,
Y pone en el redil todo el pescado;
Y al volver de una esquina,
Encuentra usted, lector, mal de su grado,
En lugar de su casa ó de su ruína
Velero bergantin pintiparado.
Si busca usté el ganado,
Lo encuentra sobre un árbol ó en el río,
O por inútil el ciclón lo carga
Y se lo lleva en casa de su tío.

Otras veces, cansado de la gente,
Cuando menos lo piensa,
Abre una grieta inmensa
Y se pone á arrojar agua caliente.

Esas travesurillas,
Que al tál pareceránle muy sencillas,

Son nada más de curso extraordinario;
Pues lo que es de ordinario
Es de menor efecto
Pero largo y horrísono el prospecto.
Una que otra cosilla
Ligera, como crup, fiebre amarilla,
El cólera, viruela,
Importada de casa de su abuela,
Y como cosa nauseabunda y fea
La fiebre tifoidea;
Y ó yo mucho me engaño
O se lleva de paso año por año
En invierno y estío
Miles de vivos el calor y el frío.

Es este el alimento cuotidiano
De este género humano
Que en algo se ha de entretener, y quiera
Satisfecho por eso,
Que no le den más queso
Sinó dejar tan triste ratonera.

EL HOMBRE.

Me toca el rey de la creación. Pues éste,
Sin que nada le cueste,
Es cien mil ocasiones, y me fundo,
Mucho mejor que el mundo.
¡Y cómo no ha de ser el hombre bueno!
¡Vaya! y hasta excelente!
Cuando, según él mismo,
Y esto lo dice sin cesar la gente,
Y no como de chanza,
Piensa tener de Dios la semejanza!
¡Vaya usté á ver! de modo
Que, dicho lo anterior, se dijo todo.
Y desde luego ocúrrenos la idea
Que escrúpulos mitiga:
No es todo que lo diga,
Sinó que siempre y muy formal lo crea.

Y como quiera que engañar le cuadre,
Y de engaño en engaño
Suele pasar el hombre todo el año,
Ha dado en engañar hasta á su madre.
Este rey, si es que lo es, reina de un modo
Que cuando cree que reina,
Porque los treinta peina,
O no reina en verdad ó empina el codo;
Pero sobrio ó beodo
Si trata de nacer, nace un muñeco
Descolorido, enteco,
Con más *items* que pliego de escribano,
Teniendo siempre á mano
Dos docenas de achaques y dolores,
Que de cuatro menores,
Se lleva tres de aquí, que no sirvieron
Para nada, y se fueron.
Y no se aflije el hombre por tan poco,
Que es ambicioso y loco,
Y un echado á perder no le preocupa,
Y al momento se ocupa,
Dejando á muertos é idos olvidados,
De ver cómo desuella á los logrados;
Salvaje, engulle blancos é ilustrados,

Porque ambos se distinguen en los trajes,
É ilustrado degüella á los salvajes
Por que están encuerados.
Si rey, mata vasallos,
Si vasallo, morir no le intimida,
Y pasa á regicida;
Y así acaban señores y lacayos.
Como ni peste ni dolor le aterra,
Ha inventado la guerra.
Si es sacerdote y santo, y justo y bueno,
De crimen, dolo y de maldad ageno,
Es porque sirve á Dios y es su compadre.
Y en tratándose de eso,
Una vez redondeado su proceso
Chamusca por impío hasta á su padre.
Si es demagogo y sansculote y rojo,
Siempre anda de reojo
Contra sotana, tiara y sacristía,
Con la bolsa vacía
Y el alma llena de rencor y enojo,
Y por pillar un fraile
Sale de sus casillas y de un baile;
En cambio, el fraile aprisa
Deja el teje maneje,

Y por pillar un rojo y un hereje
Se sale de la misa.
Se sale siempre, pues, de alguna parte
El hombre, lo comprendo;
O por soplo de Marte,
Por piedad, por amor, por fé, por arte,
De aquí y por acullá se anda saliendo.
Es bueno este maldito
Y tiene una inventiva que da miedo:
Ha inventado el garito
Y no se mama el dedo.
Ha inventado la horca y el veneno
Y se queda sereno;
Y no contento, en situación tan crítica,
Ha inventado el sufragio y la política.
Y mire usted, para que usted se asombre,
Lo que ha inventado el hombre:
Por completar la cuenta,
Hasta el honor inventa.
¡Vaya usted á tacharlo de infecundo....
Estoy, pues, en mis trece:
Según lo que aparece
El hombre es, sí, mucho mejor que el mundo!

ODA

AL CHILE PASILLA.

TEMPLAD *mi lira, dádmela, que siento*
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh, cuánto tiempo
En tinieblas pasó sin que mi frente
Brillara con su luz!... Pasilla hermoso,
Tu sublime color *sólo podría*
Tornarme el don divino que ensañada
Me robó del dolor la mano impía! (*)

Déjame contemplarte, oh chile, y deja
Que en vuelo audaz mi loca fantasía
Campos recorra, y pueblos y ciudades
Dó tu poder estimulante y grato
Vigor da al indio y fuerza y lozanía.

(*) Heredia al Niágara.

¡Salve, fecundo chile, el don más rico
De cuantos la natura bondadosa
Hizo al azteca, en tiempos ya perdidos!
Tú das salud al cuerpo, á los sentidos
Incitante placer, brillo á los ojos,
Y dando goces y mintiendo agravios,
Moderando del hambre los enojos,
Das pávulo á la sed, risa á los labios.

¡Oh rey de la cocina mexicana,
Tú el tipo imprimes á la patria fiesta,
Y do quier que hay placer ó regocijo,
En el ahumado techo del cortijo,
O en medio de la pompa cortesana,
Allí te ostentas, patriarcal sustento,
Incitando á las gentes con tu esencia
Que regalada azar perfuma el viento.

¡Qué hubiera dado Lúculo en sus días
Por saborearte, oh chile delicado!
Mensajero de dichas y alegrías,
Orgullo del guisado,
Cuyo sabor y aroma regalado
Es en propios y extraños
La delicia de fiestas y cumpleaños!

Tú das al mole nacional el gusto
Y el purpúreo color, mucho más grato,
Allá, si bien lo miro,
Que el celebrado múrice de Tiro.
Odias la palidez, y á las mejillas
De la casta beldad prestas encanto,
Y en salsa pura ó en revuelto mojo
Te cata con placer el labio rojo.

Tú de la patria al regocijo puro
Te adunas desde antaño,
Como al pulque de piñas ó de tunas,
Y á los discursos cívicos te adunas
Que se dicen cada año.

Tú estimulas las fáuces
Del comensal que nunca triste puede,
Gozando tu sabor, dejar el plato;
Más bien da de barato
El escozor que abandonarte ¡oh rico,
Tierno pasilla nacional! ¡oh salve,
Salve mil veces! Más que miel hiblea
Tu plácido sabor bendito sea!
Ven y redime al mísero cautivo

Una vez del *roast-beef* sanguinolento,
Aún más que lo fué vivo,
Y deja que al rumor del vago viento
Me remonte un instante al país nativo.
¡Ah, qué fuera sin tí la patria fiesta,
Que más prescindiría
De cohetes, de versos ó de orquesta
Que del pomposo mole y su alegría!
¿Y qué hiciera sin tí la Iglesia santa,
Que en el pecar se encarga de la homilia,
Y da punto bondoso á la vigilia,
E *in pétore* amamanta,
En bien de la familia,
Tradicional afecto
Al mole más picante y más perfecto?

¡Oh chile, almo consuelo,
Más rico que el maná que dizque un día
A cántaros llovía,
No sé si de las nubes ó del cielo!
De toda vocinglera
Reunión de pobre ó rico
Vas á alegrar al que te come el pico.
Ineludible y plácido ingrediente

No importa que sea malo ó bueno el diente
Que te mastique lento.
Sagrado chile, celestial pimiento,
Acentuación precisa,
Precisa ortografía
Del Pentecostes, boda, saca-misa,
Y de toda función de sacristía,
De todas pascuas y de todo esfuerzo
Que tienda á dar un suculento almuerzo.
Ven á mis labios, ven; deja que ufano
El aura patria en tu sabor colija,
Y mi mente dirija
Hacia mi rico suelo mexicano.

Ven y avergüenza al vol-au-vent nocturno,
Manjar de alto coturno
Entre toda la inmensa algarabía
De moderna falaz gastronomía.
Ven á reírte un tanto
Del *chicken-salad* que, cual nuevo santo,
Adora esta cohorte
De dietéticos gustos cenobitas,
Y que ¡infeliz! no alcanza en su abstinencia
A comprender como otros sibaritas
Gozan con la excelencia

De un plato de sabrosas *chalupitas*.
Ven á reinar sobre mi mesa, y lanza
A la irlandesa papa sin tardanza,
Al vegetal cocido,
A la negra pimienta
¡Oh rojo chile del Eden caído,
No sé si Adan una mañana...
¡Ah no, que fué manzana,
Y unos dicen que breva,
Y otros dicen que higo;
Mas cuando pienso en esto
Más le valiera, digo,
A nuestra madre Eva
Que todo aquel cotarro y tole-tole
En lugar de esa fruta hubiera sido
Por un plato de mole!
Mas cuando no fué así, juro, á fé mía,
Que en aquel paraíso esa mañana
Había mucha manzana;
Pero lo que es pasilla no lo había,
Porque de haberlo habido,
Por mole y no por fruta
Nuestro primer pecado hubiera sido.

Washington, Diciembre 2 de 1879.

Á PIEDAD.

—

SONETO.

Es tu nombre, Piedad, virtud cristiana;
Piadoso es el Señor con sus criaturas,
Y en todas las humanas desventuras
Siempre clama ¡Piedad! la estirpe humana.
Ten, tú, piedad, del que en lograr se afana
Paz del alma y perdón en las oscuras
Noches de sus terribles amarguras,
Menguado fruto de conciencia insana.
Ten piedad del que sufre, del que llora,
Del infeliz que cruza tu sendero,
Del desvalido que tu auxilio implora
Y hasta del criminal y el bandolero;
Pero ¡ay de tí, si cuando te enamora
Tienes piedad de un pollo tempranero!

LOS APRETADOS.

SILVA DE MODAS.

AHORA se usan los hombres apretados,
Como cañón de cohete;
Muy bien abotonados,
Por la dura camisa medio ahorcados
Y tiesos como palos de trinquete.
Es de rigor meter la pierna flaca
En funda de escopeta,
Mostrar del dorso la armazón canija
En un saquito exíguo
Sin una arruga y de color ambíguo,
Y andar medio asfixiados,
Cual puños de bastones engastados
En filoso canuto de bretaña,
De la moda artimaña

Que hoy lleva el hombre á guisa
De cuello de camisa.
Y pues que no da risa
Aparecer en forma de cartucho,
Es necesario abotonarse mucho,
Dejando que se asome de corbata
Solo un pequeño triángulo equilátero,
Donde pueda caber cómodamente
Una vistosa cháchara barata
De mercería corriente.
¿Por qué si la beldad se aprieta tanto,
Para exhibir la linea de natura
Y provocar á un santo
Con mostrar la graciosa curvatura,
El varón, que es varón hasta... pasarse,
No ha de poder como ellas, apretarse,
Y por la misma norma
Atraérselas á ellas por la forma?
Narciso lo pensaba,
Cuando al cristal de la serena fuente
Sus escultóreas formas contemplaba;
Bien es que el tal Narciso,
Como pagano al fin, era preciso
Que en esa edad, y en tales condiciones,

Tuviera bien formados los pulmones.
¡Pero ahora! apriete usted á un barbilindo
Enclenque y desmedrado
En restirado casimir, y al Pindo
Juro que en vez de parecernos lindo
Juzgaríamosle al verlo, sin encono,
Por lo exíguo de músculos, un mono
Con traje de color de tamarindo!
Este es hoy el ideal de la hermosura,
Rindamos homenaje á la angostura.
Mas los tales no paran
En ceñirse, á lo polla, la cintura,
Sinó que imitan el tocado de ellas,
Que siempre han de estar bellas
Con ó sin los cabellos en la frente,
Y el pollo maldiciente
Toma de la beldad la moda misma,
Y se baja los pelos de la crisma
También sobre la frente
En forma de *burrito*,
Que en Clara ó Leonor es tan bonito!
Y porque tal escuálida figura,
Conforme al figurín, tenga un engaste
Que presente ridículo contraste,

Después de tanto esmero
En el *burro*, en el cuello y la corbata,
De contramaestre inglés lucen la pata,
Llevando dos falúas
Destaconadas, largas y aguzadas,
Con puntas de ganzúas
Y en el débil tobillo abotonadas.
¡Oh púdicas doncellas,
Oh Aspasias, oh Lucrecias, oh beldades
De estos tiempos enjutos
Que ya no son de Césares ni Brutos!
Ahí teneis la pléyade que ansía
Vuestro amor juvenil, ¡Plegue á Mercurio
Que la encontreis la gracia y la poesía,
Pues la filosofía
Y el sentido común, á esos menguados,
Sólo les llamará «Los apretados!»

Á LOLA.

—

Tiene Lola una boca delicada
Más fresca que el botón de la amapola,
Tiene unos dientes tan divinos Lola
Que igualan á la perla nacarada.
Hay tal fuego en su límpida mirada
Que con mirar mil víctimas inmola;
Reina de la hermosura es ella sola
Y criatura por Dios privilegiada.
El alma en dulces ilusiones arde
Al irradiar de su fulgente brillo;
Y yo, poeta, ante su faz, cobarde
La liza altiva sin pesar humillo....
Mas para mí murió desde una tarde
En que la ví escupir por el colmillo.

EL MÁSCARA.

CORRIENDO va un patán por el paseo,
Mal envuelto en diez varas de lustrina,
Y al verle piés y manos se adivina
Al vendedor de chile y de fideo.
No fué su fuerte pulcritud ni aseo,
Más bien parece pinche de cocina,
Y ledo entre curiosos se encamina
Callado, torpe, taciturno y feo.
¿Qué quieres conseguir, dime qué quieres?
No monto en risa al verte; en ira monto
Y aunque tengas el nombre que tuvieres
Cualquiera al verte te conoce pronto,
No hay quien se cuide de saber quién eres
Ni á mí me importa conocerte ¡tonto!

BONITA, TONTA Y FRIA.

ESBELTO y lindo su talle
De los talles honra y prez;
Ojos negros, pelo negro,
Buenos brazos, breve pié;
Tan gallarda y zalamera
Con gracia y con tanto aquél
Que es de las mozas del barrio
Con quien más tienen que hacer
Los pollos engalanados,
Los amantes de Teruel,
Los que hacen versos acrósticos
En pos de luna de miel,
Los célibes rezagados
Y hasta.... ¡quién lo vá creer!
Casados con cuatro hijos

Adorando á su mujer;
Pero Paca tiene tantos
Dulces atractivos, que
Vuelve loco á medio barrio
Y está á punto de volver
De remate al otro medio
Si el otro medio la vé.
Yo una de tantas abejas
Consumidoras de miel,
Al husmo de esos panales,
De patitas me clavé.
Zumbele en verso, primero,
Que es un medio que á mi ver
Tiene á veces más valía
En un pecho de mujer;
Habléle después en prosa
Que es más fácil de entender,
Poniéndome hasta el alcance
De su mano y de su pié....
Y entre miradas de fuego
Y entre dulce ten con ten,
Puse el dedo en el termómetro
De aquel volcán. Apreté!....
Con entusiasmo de bardo,

Casi me identifiqué
Con los clásicos amantes
De Lord Byron, y después
Esperaba de sus labios,
El premio de mi valer,
El consuelo de mis ánsias,
El bálsamo de mi bien
Y mi salvación de náufrago
Y mi merecido amén:
Era su dulce mirada
Muy ardiente.... ¡pero qué
Salióme con una pata
En estilo descortés,
Con incoherencia supina,
De supina estupidez.
Le hablaba yo de lo dulce
De la sublime embriaguez
Del amor, de esos placeres
Castas flores de mi edén,
Paraíso de delicias,
Manantial de sumo bien;
Le hablé de flores que aman,
De abejas que liban miel,
De céfiros que dan besos

A la rosa y al clavel,
De las ondas que murmuran
Dulces ecos de placer,
En fin, de grata poesía,
Toda luz, toda placer.
¡Y ella! Paca la divina,
La encantadora mujer
Con voz de madre tornera
Me dijo: «No entiendo á usted;»
Y encajonando palabras
Con helada sencillez
Me habló de la costurera,
De la cocina y de que
Le pican mucho las pulgas
Que parecen alfiler;
Que ella no entiende de versos
Porque quién ha de creer
A poetas; que la música
Es fastidiosa también,
Que es ruído menos molesto
Que el ruído del almirez....
¡Oh! escultura detestable!
Sin duda tu padre fué
A sacarte de Laponia

Para incrustarte después
En este clima de fuego,
Por compensación tal vez.
Es tal tu frialdad notoria,
Que me aventuro á creer
Que en un témpano de hielo
Ajustaron tu corsé,
Y por cráneo un tecomate
Te colocaron después;
Tu sangre no se calienta,
Es una sangre á la créme;
Quédate, pues, con tu hielo
Y en tu eterna lobreguez
Para adornar con tu busto
Algún regio chapitel,
Ó vivir en la Academia
Arrimada á una pared,
Para que todo Tenorio
Exclame, si allí te ve,
Como junto á aquel sepulcro:
«Mármol en quien doña Inés.....»
Queda en paz lujo de forma
Negativa de mujer,
Voy á escribirte un romance

Y te lo vengo á leer.
A ver si cuando lo escuches
Dices: «no comprendo á usted.»
Adios, y si tienes alma
En paz y descanso esté.

LOS BOTONES.

Por pegarle un botón á Juan aprisa
El hilo enredó Luísa;
Y en nueve meses netos
No pudo Juan tener en la camisa
Los botones completos.

Aprovecha, lector, estas lecciones
Y pégate tú solo tus botones.

EL GATO Y LOS CANARIOS.

(FÁBULA)

—

Dormitaba en la orilla de un tejado
Un gato de hospital peliamarillo,
Ancho de encuentro, gordo cerviguillo
Y en los lances gatunos avezado;
Al husmo de sartenes y de ratas
A bodega ó cocina
Sólo sus tardos pasos encamina;
Mas sin pensarlo, un día,
Y abstraído en sus graves reflexiones
No se fué, cual solía,
A caza de ratones,
Y vagando al acaso,
Como puede cualquiera,

Se encontró frente á frente
De cierta pajarera.
Parose el animal y levantando
La roma faz, los verdinegros ojos,
Fijó, no sin enojos,
En la alegre caterva de canarios
Que en grata algarabía
De dulces tonos y compases varios
Inundaba el ambiente de armonía.
Ya disipado el estupor primero
Sentó el cuarto trasero
Y sin temer se entiende
Como el gato de Lope Carambola
Muy poco á poco recogió la cola;
Mas la mirada fija
Como gato de piedra no quitaba
De aquella pajarera
Dó gato alguno penetrar pudiera,
Y mientras más miraba,
Éste, ó igual discurso
En su mente forjaba:
«Da grima oírles! Pensarán los táles
Que son tal vez los solos animales
Que tienen melodía!...

¿Quién les dió el diapasón, quién la teoría?
¡En qué Conservatorio
Pasaron de aprender el purgatorio?
¡Qué dirán las naciones extranjeras
De ese canto infernal? Oh qué vergüenza!
Ya es menester que yo, viejo maestro,
Afine el diapasón, corrija el estro»
Y diciendo y haciendo
El gato *di cartelo*, como un mico
Lamiéndose el hocico,
En ahullidos feroces
Prorrumpió, persuadido
De que quedaban mudos á sus voces
Los modorros canarios;
Así es que en tonos varios,
Cual solía en la azotea
De su esquiva gatuna dulcinea,
Hizo prodigios, *fiorituri*, escalas,
Que con serlo de gato eran bien malas
Mas al ver que los dulces pajarillos
No cortaban sus cánticos sencillos
Espeluznóse todo
Y el rabo alzó pensando de otro modo:
«¡Ay, no tienen remedio ¡Oh patria mía!

Prescinde de una vez de la armonía
Músicos pretenciosos é ignorantes,
Pajarera de pájaros pedantes,
Que crueles punzais mi fino oído
Por siempre Adios Vuestro Aristarco es ido»
Dijo, enarcó la espina, alzó una pata
Como el que se espereza
Agachó la cabeza
Y mal disimulando la mohina
Se encaminó mejor á la cocina,
Aquí la moraleja: *Los censores*
Si no hablan precedidos como autores
De útiles obras y de escritos varios,
Se exponen á que el mundo los compare
Al gato detractor de los canarios.

LOS VISTAS DE LA ADUANA.

SONETO.

Sin gramática, oficio, ni pesetas,
Lince y Mirón se daban á los diablos;
Para pintar su murria no hay vocablos,
Ni sus cuitas, sus cábalas y tretas.

En esto oyeron toques de cornetas,
Y estruendo de fusiles y venablos;
Y en el trajín de salas y de establos
Miraron á la patria hacer piruetas.

—A la bola, compadre! el más avieso
Dijo al otro y se fueron á la bola...
No sé qué sucedió; pero por eso,
Lince y Mirón, viviendo á la bartola,
Están gordos y ricos como Creso
Haciéndole á la cárcel la mamola.

LOS TIEMPOS ANORMALES.

FÁBULA.

(Á JOSÉ ROSAS.)

Dijo un tordo en un Club, todo de tordos:
—Señores: hé aquí el quid, no estamos [gordos.
—Busquemos una troje, dijo uno.
—Las trojes están lejos, objetaron.
—Volemos al trabajo.—Ese consejo
Es, como el preopinante, tonto y viejo.
—¡Pronunciémonos! ¡Viva! murmuraron,
Y los tordos al fin, se pronunciaron;
Ya ves, lector, que en tiempos anormales,
Se pronuncian también los animales.

LOS CARGADORES.

SOLO, muy solo, en un rincón del mundo
Miro al mundo pasar,
Y cada quisque lleva en sus espaldas
Un fardo nada más.
Son todos esos hombres cargadores?
¿Quién la carga les dió?
Adónde van? No ven que en cada piedra
Van dejando un jirón?
Grandes hormigas son de algún granero
Que existe más allá?
O están estos mendigos de placeres,
Cargando nada más?
Nadie su fardo da á sus semejantes
Ni lo enseña jamás;
Esa carga es un lío complicado,
Misterioso y fatal...

Yo he visto algunas púdicas doncellas
Llevando... ¡quién dirá!
En vez de tiernas y virgíneas flores...
Humos de bacanal...
Y á algunos ricos, nobles potentados,
Con mucha dignidad,
Ocultando en su fardo la ganzúa...
Con mucha agilidad.
He visto algunos otros, casi santos
Llenos de compunción,
Proferir un pequé, golpearse el pecho...
Y con ojo avizor
Mirar si el sacristán tiene las llaves
Que guardan el copón!!...
Aquí y allá descuellan los tribunos
De cívico blasón:
Van cargando también, y sus mochilas
Despiden mal olor:
Llevan allí un veneno que á la patria
Le causa gran dolor:
Médicos son del pueblo, del Estado,
De la Constitución,
Y nos han ministrado tantas píldoras
Que..... ¡líbranos Señor!

¿Quiénes hay que no carguen en el mundo
Esa mochila ruín?
Como somos ya todos cargadores
No hay quien me cargue á mí...
¡Los lectores!-- No tal que apenas pueden
Con mis versos aquí,
No hay remedio, si el fardo que nos pesa
Hemos de sacudir
Os aplazo desde hoy para ¡LA ADUANA!
La vida está en un *tris*.

SEGUNDA PARTE

IMPROVISACIONES

Y

Versos HUMORISTICOS

Y DE CIRCUNSTANCIAS.

EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847

EN CHAPULTEPEC.

Composición leida por su autor, en un banquete dado por los supervivientes de aquella jornada el 13 de Septiembre de 1883. (1)

ERA yo un chiquitín, barbilampiño,
Y ya estudiaba de la guerra el arte,
Y entretenía el maternal cariño
Con mi fusil de niño;

(1) Concurrieron: Subteniente de alumnos hoy general, don Fernando Poucel; el sargento de idem, hoy jefe de sección de ingenieros, don Ignacio Molina; el cabo de idem, hoy secretario de Legación, don José T. de Cuellar; el alumno, hoy presidente del ayuntamiento de Hidalgo, don Estéban Zamora; los siguientes, también alumnos, tesorero del Ayuntamiento de México, don Antonio Sola; diputado, don Vicente Herrera; Notario público, don Ignacio Burgoa; coronel Cástulo García y General don Ignacio Peso.

Pues como no inspiraba yo respeto,
Más que un hijo de Marte
Parecía de ese dios tataranieto.
Yo nunca fuí una maula,
É iba llevando mi risueña vida,
Con viento bien propicio,
Entre las horas clásicas del áula
Y las duras fatigas del servicio.
En medio á esa incoherente algarabía
De los primeros sueños infantiles,
Y á fuerza de vivir entre fusiles
Recuerdo que tenía
Humos de Napoleón y de Alcibiades:
Y que allá en mi revuelta fantasía,
Aspirante al poder y á la pujanza,
Soñaba con los botes de la lanza,
Con la carnicería,
Tras la que gana el héroe en la victoria,
Entre el fragor de horrísono combate,
Los lauros inmortales de la gloria.
Pero otras veces, y las más, dejando
A un lado sueños, lauros y matanza
Me pareció tirante la ordenanza
Y rudo y poco cómodo el oficio,

Con especialidad cuando tenía
Que sujetarme á la orden del servicio.
Cuando, dejando el tibio dormitorio,
Yo solo, en aquel cerro, estaba en vela
Como alma de bendito purgatorio
Haciendo á media noche el centinela.
Recuerdo que enfadado
De salir de los brazos de Morfeo,
Para empuñar las armas, reputaba
Muy impropio y muy feo
Despertar á un chiquillo
Para darle un fusil, y por consigna,
De que ya estaba uno harto,
Oir esta razón del cabo cuarto:
«*No se duerma, y que cuide vd. el cuartillo*»
¡Bonito Napoleón el que yo hacía
Arma al brazo, á las tres de la mañana,
Para impedir que algún alumno pillo
Junto al barril del agua que bebía
Se robara el cuartillo!
Pero en fin; era aquello en su conjunto
Pisar la misma senda (aunque á distancia)
Que condujo á las glorias de Numancia
Y á las de Salamina y de Sagunto.

Pero á tanto jugar á los soldados,
Y manosear las cosas del oficio,
Aún niño me creía
Con bastante denuedo
Para inmolarme por la patria mía,
Prestándole, entre filas, mi servicio.
Una alegre mañana,
De esas en que la luz baja á torrentes
Sobre la inmensa sábana del valle,
Plateando arroyos y esmaltando faldas
Con tintas relucientes
Que parecen facetas de esmeraldas,
Al contemplar absorto
El cuadro incomparable de natura,
No sé qué notas de himno se elevaban
De mi pecho infantil hasta la altura.
Era yo tan feliz! gozaba tanto,
Trepado en la muralla derruída
De aquel vetusto alcázar de los reyes,
Que á torrentes bebí salud y vida.
Y mi naciente alíjera esperanza,
Llevaba el alma mía,
Como su aureola el angel, por los campos
De mi risueña y loca fantasía,

Hasta hundirse en lejana lontananza.
Iba á ser aquel día
Muy grande para mí; vida en hartura
Por mis venas corría
Llenándome de paz y de ventura,
Y..... también mi memoria lo recuerda,
Que acabando de oír la voz deseada
De «á derecha é izquierda»
En varios pelotones
Que formaban bisoños preguntones
Se pedía la clave
De algún asunto, en realidad, muy grave.
Era que el enemigo,
El invasor del Norte se movía
En dirección á nuestro ameno valle,
Y como cosa cierta se sabía
Que aquellos Napoleones infantiles
Con la enemiga hueste cruzarían
Sus pequeños fusiles.
Y era de ver aquella alegre turba
Que vivía entre fútiles quimeras,
Extrañas á la patria y al civismo,
Levantarse, surcando otras esferas,
En alas del naciente patriotismo.

Y al oírnos hablar sobre la guerra,
Con esa petulancia de los niños
Que juegan á soldados,
Con ademanes cómicos y guiños
De carácter jocoso
Según nuestras edades,
Cualquiera pensaría
Que cada chiquitín era un coloso
Y cada peloncito era un Milciades.
No hay juguete, ni trampa, ni promesa
De juego ó premio, ó diversión que baste
En medio de una escuela
Para dar una idea del contraste
Que la palabra guerra producía
En medio á aquella turba pequeñuelà.
A partir de aquel día,
Como el niño Cupido
Que afiló en una piedra la saeta
Para causar al mundo tantos daños,
Cada imberbe rapaz se entretenía
En afilar en todos los peldaños
Su aguda bayoneta.
Llegó por fin el día,
El 8 de Septiembre memorable

Y rompió la primera batería
Del enemigo fuego formidable
Contra el viejo Castillo,
Que contestó con vieja artillería.
A mí me pareció tan poderoso
El enorme cañón de á veinticuatro
Del lado de Occidente,
A cuyo pié me hallaba yo presente
Que, con sólo un disparo de metralla
Se acabaría el enemigo bando
Aniquilando á toda la canalla.
Por ser personalmente
Quien prestara á la patria aquel servicio,
Me dirigí al teniente,
Quien, riéndose, me dió la cuerda mecha;
Tomé mi puesto, y á la voz de «*fuego!*»
Me dije para mí: la cosa es hecha,
La acerqué al estopín y salió el tiro
Con pavoroso estruendo;
Y corrí á la trinchera
Para ver á los muertos en la brecha.
¡Qué atrocidad! los ví, los estoy viendo!
Abrió nuestra metralla en la columna
Del enemigo una sangrienta calle,

Y me quedé azorado de mi hazaña,
Cual si con un soplido
Pudiera hacer cien muertos en campaña.
Es la senda, decía para mi sayo,
Que conduce á la gloria y la alta pompa,
Y con mis aires de sargento Bomba,
«No es malo unos cien muertos por ensayo!»
Los días subsecuentes
Nos metieron tres bombas por minuto,
Amen de bala rasa
Que por poco nos dejan sin la casa.
Y para ser sincero,
Confieso que sufrieron menoscabo
Mis humos de valiente y de guerrero
Cuando veía á la tropa
Macilenta, aterrada, delirante,
Y el pánico pintado en el semblante.
Por fin el 13, al despuntar la aurora,
En medio de espantosa gritería,
Se rompieron los fuegos en la linea
De toda la compacta infantería.
Nuestras dos compañías
Allá en el Mirador, sobre las armas,
Esperaban su suerte,

Y en medio á aquel estruendo formidable,
Para no ser actor inanimado
Me sentí tan valiente y tan soldado
Que viendo al enemigo despreciable,
Guardé mi bayoneta
Y me salí á hacer fuego á la glorieta.
Cubríamos entre siete el parapeto,
Ya puntando á los grupos, que eran muchos,
Consumí dos paradas de cartuchos!.....
Cuando noté que tres de los soldados
Rodaban á mis piés ensangrentados,
Alcé la vista y sorprendí, bajando
La pequeña escalera
Que daba á mi glorieta
El primer yankee que miré en mi vida!
Me pareció un gigante ó un atleta,
Y al dar el primer paso,
Mi compañero Suárez,
Alumno chiquitín de la *segunda*,
En dos brincos subió cual fiero Marte
Y al yankee atravesó de parte á parte!

.....

Perdido estaba todo,
Consumado el asalto;

Y todavía el Colegio obedeciendo
A la orden recibida,
Bajó por la pendiente
Que mira hacia el Oriente,
Sufriendo cuatro fuegos; por más señas
Que quedaron después de la batalla
Cubiertas de cadáveres las peñas.
Caímos prisioneros
Los niños entre aquellos soldadazos;
Pero antes de entregarnos,
Contra una dura piedra,
Mi pequeño fusil hice pedazos.
Treinta y seis años hoy hace del hecho,
Y todavía palpita
Con afán cariñoso
Y con dolor mi pecho,
Al recordar á mis amigos fieles
Que sucumbieron en la horrible lucha,
Tan niños, y cubiertos de laureles.
Hoy reunidos aquí los compañeros
De esa antigua amistad en el regazo,
Son mis votos sinceros
Que estemos siempre unidos
Por este fraternal y dulce lazo.

La guerra aquella fué, según la historia,
Prueba dura del valor del mexicano,
Una sangrienta página de gloria
Y un útil escarmiento.
Para el altivo pueblo Americano
La guerra injusta, cara la victoria,
Y muy funesto, á fé, nuestro ardimiento.
Hoy calmada la sed de las pasiones,
Empieza á confesar á las naciones
Que su gloria es tenaz remordimiento.

LA DIGESTIÓN.

Leída por el autor en la comida del 13 de Septiembre de 1888, á sus compañeros los niños de 47.

BONITA maquinaria
Nos ha dado mamá Naturaleza!
¡Preciosísima! Empieza
Por tener cuerda diaria,
Y como sin oxígeno se enfría
Y vivir sin comer es imposible,
Es menester ponerle combustible
Por lo menos tres veces cada día.
Y cuando el hipogastrio,
El duodeno y el colon,
Y toda esa monserga de la tripa
Está bien, por chiripa,

El sabio y el gañán ese portento
Celebran exclamando:
¡Barriga llena, corazón contento!
En efecto: si el hombre,
Según reza la historia,
Ha tocado el picacho de la gloria,
Si predica, y legisla y confecciona,
Y se ciñe corona,
Y toca con las manos las estrellas,
Y les pregunta á ellas
Lo que son, y qué distan y otras cosas;
Y si adelanta tanto
Que al mismo sol con ciencia y con de-
[nuedo
Le va á rascar las manchas con el dedo,
Es todo á condición extraordinaria
De tener muy bien puesta,
Y lista y sin lesión la maquinaria.
Pero si al sabio un día
Le dá un torzón cuando descubre soles,
Porque no ha digerido los frijoles
O alguna carne fría,
¡Adios astronomía!
Baja el sabio infeliz desde los cielos

Donde la luz de gloria lo ilumina,
Hasta la pobre tierra
Para cambiar de asunto... y de oficina.

Si el poeta se eleva,
Se entusiasma y gorgea y se endiosa
Porque miró una rosa
Y se acordó de Filis, y la idea
Por el Parnaso olímpico pasea,
Y habla de tú á la fama y á la luna,
Es porque... (estoy seguro)
Como muy pocos vivos,
No tiene en sus canales digestivos
Falta, lesión, ni novedad alguna.

Expléndidos ideales
Son patria, honor y fama, amor y gloria;
Tras ellos á porfía
Van corriendo en confusa algarabía
Felices los mortales;
Pero si en el camino
Ocurre novedad al intestino
Causa de tantos males,
Si el bolo alimenticio
Se detiene en el quicio,

Si la cena de ayer ó la merienda
No desocupa pronto la vivienda,
¡Adios patria y amor! ¡Adios ideales!
Como todas las cosas terrenales,
Y por negro sarcasmo de la suerte,
Todo eso se convierte
(De lo cual yo respondo)
En un retortijón mondo y lirondo!
Y el renombre y la fama literaria
Y todo ese boato,
Lo damos de barato.
Por ir á la oficina tributaria
¡Oh! triste condición de los mortales
¿Lo ves, naturaleza fementida?
Tú, la sabia, la recta,
Presentas al certamen de la vida
Al hombre como tu obra más perfecta!!
Por mi parte protesto,
Y, en alas de mi musa retozona,
Te llamo torpe, inútil y chambona
Siempre que me indigesto.

Convengo en que esta vida
No es de lo peor, en suma, entre dos platos

En que el tal Rey de la creación, lo pasa
Mucho mejor, á veces, que los gatos.
Mas todos los placeres,
Los gustos, las delicias,
Los banquetes, los bailes, las caricias,
La música, y el lujo, y las mujeres,
Le vienen bien al que gozarlas quiere
Si como un animal come y digiere.
Por esto, no hay que andarse en desvaríos,
Pues firmemente creo,
Que es para ustedes mi mejor deseo
¡Muy buena digestión, hermanos míos!

POR LOS MUERTOS.

Brindis leído en el 21º banquete anual de la "Asociación Gregoriana".—1836.

Silencio. Algún amigo al otro lado
por venir al festín llamó á la puerta
con desusado afán.
Es extraño que siendo de los nuestros
y viendo que ya estamos á la mesa
que toque en vez de entrar....
Y no repite el golpe; está esperando
á que le indique alguno atentamente
que puede penetrar.
Silencio.—Esperaremos á que vuelva
á llamar; á no ser que el pusilánime
con mucha cortedad
se esté á la puerta, ó bien prefiera irse,
por no hacer ante todos los presentes

el papel de informal.
¡Silencio....! ¿Oís? ha repetido el golpe
y acaba de llamar por otro lado
y no se atreve á entrar.
—Lo que puede venir fuera de tiempo:
se comprende muy bien que en tal apuro
se mortificará.....
Toca otra vez, pero si mal no he oído
ese golpe final no fué en la puerta....
será casualidad,
pero sonó en el techo claramente;
y eso cambia el aspecto de las cosas:
no ha de ser para entrar.
Otra vez á la puerta el mismo golpe,
allí.... no cabe duda que han llamado,
pero allí nadie está;
no hay ni sombra, ni nadie que se asome,
franco está el paso y esa puerta abierta
está de par en par.
No es ningún convidado, ni un hermano
que, retrasado en horas, á la cita
acude, aunque informal:
No es el viento que finge los sonidos,
ni es un chusco que vaya al otro lado

y toque por tocar.
No es aborto de ardiente fantasía,
no es tampoco ilusión de los sentidos
ni una casualidad.
Es, que es la hora del brindis por los muertos,
y los muertos, saliendo de sus tumbas
se acercan á escuchar.
Ellos son.... los evoca mi recuerdo
y con lazo de amor los trae volando
desde la eternidad.
Ellos son; porque es la hora de los muertos,
y este *memento* nuestro, cruza raudo
la vasta inmensidad
y en eléctrico viaje los espíritus,
cual los rayos del sol, convergen rápidos
al foco fraternal.
Aquí de pié: la múltiple potencia
de amoroso reclamo los despierta
del sueño perennal.
Y acuden, como suelen las palomas
á rumorosa fuente en los ardores
de la siesta estival.
Son ellos; sí, los que en la negra tumba
dejaron no hace mucho el resto helado

de su vida mortal,
para volar fugaces, incorpóreos,
como lampos de luz á otras regiones
del mundo sideral...
Y sin embargo, vienen y nos oyen
y atentos á este *brindis por los muertos*
los sentimos pasar
como la sombra rauda de una nube
que barre monte, llano, río y se pierde
sin saber donde va.
Están aquí. Cada uno de esos muertos
ve palpitar el corazón que se hunde
en duelo fraternal.
Ellos, como nosotros, acudieron,
aves del mismo rumbo, al mismo valle
sus almas á formar.
Intuiciones, afectos y memorias,
reminiscencias, ilusiones, usos,
ansia de prosperar,
todo nos es común; la misma fuente
para apagar la sed, el sol, el aire,
la misma claridad.
Los mismos elementos adoptados
para formárnos nuestro *yo* incórporeo,

nuestro *yo* inmaterial.
Y esas afinidades que nos unen,
y que nos son comunes en la vida
del mundo espiritual,
no las roe en la tumba el vil gusano,
ni como inmunda víscera en ceniza
el tiempo tornará.
Son luz perenne y vida que en guirnalda
de afectos, de virtudes y de ideas
en incansable afán,
en las ondas purísimas del éter,
como ofrenda de amor de la criatura,
al cielo subirá...
¡Venid, muertos, venid! el alma abierta
al amor y al recuerdo hoy os envía
el ósculo de paz.
No profana el recinto de las tumbas
con falso alarde de pomposa ofrenda
al polvo que allí está.
Pero acaricia la emoción y eleva
la memoria, la idea, el pensamiento
á la unión fraternal.
Providencial contacto del espíritu
que vive, y del espíritu que mora

alla en la eternidad.
Fruiciones de los vivos y los muertos
que, á despecho del polvo de las tumbas,
nos hacen palpitar.
Abrazo misterioso de las almas
que en el mismo festín, tumbas y flores
aduna con afán.
Aquí, al influjo de la lira mía
todos nuestros hermanos que murieron
con nosotros están...
Ay! pero todos dentro breve instante,
al terminar mis versos, al espacio
el vuelo emprenderán.
Y cuando vuelva el ruído de la fiesta
y esos muertos queridos, cual bandada
de alondras que se van,
vuelvan á remontarse al infinito
siguiendo la misión de su existencia
allá en la eternidad,
se llevarán... no lo dudeis, hermanos,
no sé qué pacto fúnebre y sombrío,
qué promesa fatal,
de algunos de nosotros que, al otro año
en vez de estar en pié, brindando alegres,

por la fraternidad,
vengamos á fingir toques afuera,
en el techo llamando y á la puerta
como queriendo entrar.
Porque seremos polvo en nuestra fosa
y espíritu que venga con los muertos
á la hora de brindar...
Y así de un año, en otro, cual las hojas
que en el Otoño caen una por una
los presentes caerán.
É irémos todos, sin piedad del cielo,
sin tregua, sin descanso, hasta el abismo
de muda eternidad...
Y cuando sólo cuatro de los nuestros...
(no sé en qué Marzo) vengan tristes, solos,
al festín fraternal,
Que brinden por los muertos, como ahora,
abriendo esta botella (1) que en depósito
sagrado quedará.
La cuidaremos todos de año en año,
firmando cada cual un documento
en que se envolverá.

(1) Mostrándola.

Y cuando la abran nuestros cuatro hermanos
y por trescientos muertos brinden solos,
últimos en brindar,
La Gregoriana Asociación entonces,
en la postrera gota de este vino
Su tumba encontrará.

.....

México, Marzo 12 de 1886.

Después de leído este bríndis, que conmovió profundamente, todos los presentes firmaron una acta en que se comprometieron á cuidar de que la botella de vino se conserve bien empacada en poder del tesorero de la Asociación. Cada año ocupará esta botella con su empaque el centro de la mesa del banquete, y á la hora del *brindis por los muertos* se abrirá el acta en que está envuelta para anotar las defunciones del año y para recojer la firma de los presentes; hecho lo cual, volverá á guardarse la botella hasta el año siguiente y así todos los años hasta que sólo queden cuatro gregorianos, únicos autorizados para tomar el vino (Lácrima-Christi) que contiene la botella.

Á ANDRÉS CLEMENTE VÁSQUEZ.

¿Quién es rey del ajedréz
Andrés,
Y en la amistad consecuente
Clemente,
Y no un Manolito Gásquez
Vásquez;
Oh lector aunque te atasques
Debes proclamar conmigo
Que no hay jugador ni amigo
Como Andrés Clemente Vásquez.

POR LOS VIEJOS.

BRÍNDIS EN EL 23 BANQUETE ANUAL
de la
Asociación Gregoriana.

Marzo 12 de 1889.

Canten otros las glorias placenteras
Del niño Amor y sus mentidas artes;
Prorrumpan en estrofas plañideras,

O enarbolen vistosos estandartes
Aquéllos que, con anchas tragaderas,
Van pregonando amor por todas partes.

Dance en redor al Dios, aún insepulto,
Momo el alegre, turba de lampiños;
Corra al placer el rápido tumulto

De jóvenes sencillos y de niños,
Rindiendo á Momo y al amor el culto
De risas, de monadas y de guiños.

Yo ya pasé la meta que señala
La cúspide tremenda de la vida;
Dejé la turba atrás, en hora mala,

En mis goces de ayer entretenida;
Y al bajar los peldaños de la escala,
Siento el horror de la final partida.

Yo no pedí la vida; y sin embargo,
Me encontré de la noche á la mañana
Con que era ya un pelón delgado y largo

Afecto á la bromita y la jarana,
Y sin probar la vida por lo amargo,
Nunca supe lo que es la vida humana.

Llegué al festín, miré y comí de todo,
Y me engolfé en bodorrios y diabluras,
Y aunque nunca jamás empiné el codo,

Hice, como hacen todos, travesuras,
Y amé y hasta creí, y gocé; de modo
Que en esto del vivir estuve á oscuras.

No conociendo sinsabor ni males
Era alfombra de rosas mi camino.
Eso sí, como todos los mortales,

Con todo mi saber, razón y tino,
Dislates cometí descomunales
Y comulgué con ruedas de molino.

Llegué á creer en el amor constante,
En la lealtad y en otras bagatelas;
Hablaba del amor como un pedante

Conocedor de todas las escuelas;
Y, lleno de vigor, iba adelante
Sin aprensión y sin dolor de muelas.

Me dió por hacer versos. Era norma
Común en ese entonces ser romántico
Para seguir la castellana forma

Usual al otro lado del Atlántico;
Y esclavo, aunque novel, de la reforma,
Fuí un poeta llorón y quiromántico.

Lloré en gentiles versos desengaños
Que yo me imaginaba haber tenido;
Maldecía el peso de los años

Que yo no había á la sazón cumplido,
Y me quejé de cosas y de daños
Que no habían tampoco sucedido,

Pero la vida al avanzar expande
Al redor de nosotros la tristeza,
Y entonces no hay mortal que no demande

Al destino piedad, por su fiereza;
Y se llega á exclamar: «*¡Lástima grande*
Que no sea verdad tanta belleza!»

¡Y no era la verdad! ¡Cuántas teorías
Como formas de niebla se perdieron!
¡Cuántas deslumbradoras fantasías

Al irlas á tocar se deshicieron!...
¡Eran mentira las venturas mías;
Vinieron, me engañaron y se fueron!...

Y tras el mal del alma, y las horribles
Ansias del desengaño amargo y frío,
Y los crudos dolores invisibles

Del secreto pesar y del hastío,
Vienen, para mi mal, ineludibles
Cansancio y fin del organismo mío...

¡Oh, tú también, naturaleza hermosa,
Celebrada en mis versos juveniles
Llenos de amor y gratitud gozosa

Cuando tus dones los contaba á miles!
¡Pero mujer al fin!... no es justo ¡oh Diosa!
Que con tus deficiencias me aniquiles.

Ves que me hiere el dolo, y que la muerte
Me arrebata famélica á los míos;
Que negra ingratitud al fin convierte

En llanto mis dichosos desvaríos,
Y, ya presa impotente de la suerte,
Aún me atormentas tú con tus desvíos!

Qué digo! con tu pérfido egoísmo
Y con tu criminal indiferencia,
Al ser insuficiente por mí mismo

Para impedir mi rauda decadencia,
Mirando que á mis pies está el abismo
Acuso tu feroz insuficiencia.

Apelo á los que corren de bajada
Esta fatal pendiente de la vida.
¡Cuántos dolores buenos para nada!

¡Qué lucha con Saturno el homicida!
¡Cuánto cuesta la vida tan amada,
Tan dulce y tan risueña á la subida!

¡Morir! en hora buena; aquí está el hilo.
¿Hay un cuadrante que el momento marca?
Dejad al criminal morir tranquilo

Ya que su mente tanto horror abarca.
Brille en la sombra el acerado filo,
Y cumpla su deber la vieja parca!

Pero acosar á uno con dolores,
Anticipadamente y sin objeto,
Con dudas y peligros y temores,

Para que el mal sea múltiple y completo
Es mucho afan de acumular horrores
Contra el pobre mortal y su esqueleto.

¡Ah, Natura, Natura! en qué pensaste
Al concederles á las pobres gentes
Este aparato atroz de falso engaste

De muelas, de colmillos y de dientes!
Hablemos francamente: ¡te pelaste
Con tu puño de huesos indecentes!

Al salir esos huesos, al primero,
El pobre niño aturde y ataranta
Por su injusto dolor al mundo entero;

Y si de estos achaques se levanta
Es porque astuto, pérfido y certero,
Ha de tirar el diablo de la manta.

Y ya de colegial, muy regordete,
Al freír de los.... libros, ¡allá va eso!
Al probar muy contento algún sorbete

Viene la historia del maldito hueso,
Hasta que alguno su tenaza mete
Y de un tirón lo deja patitieso.

Oye, Naturaleza soberana,
Mira si en fastidiarnos eres terca:
Después de repetirse esta jarana

Nos mete un aprendiz su mano puerca
Y te enmienda impertérrito la plana,
Poniéndonos encías de gutaperca.

Hay aún mucho más que mortifique
Hasta hacer la salud una chiripa:
Tenemos en la pelvis como un dique

Tapando el agujero de una pipa;
Tosemos recio, rómpese el tabique,
Y por ahí se sale nuestra tripa.

Tiene la tál Natura chambonadas,
Que para ella serán travesurillas
Y son en realidad chanzas pesadas.

Por ejemplo en las cosas más sencillas:
Nos deja al aire, lisas y peladas
Y expuestas nuestras pobres espinillas.

No hay uno solo que en la tierra entera
No se haya roto el hueso en un instante
Por no usar en las piernas chichonera,

Cuando en esta cuestión tan importante
A cualquier fabricante le ocurriera
Poner las pantorrillas por delante.

¡Viejos, venid acá, viejos queridos
Que de marcharos esperais la hora
Todos desportillados y manidos!

Y pues Naturaleza os encocora,
¡Venid, viejos, á mí! Todos unidos
Increpemos en coro á esa Señora.

Pero no.... Ya es inútil tal salida,
Pues no es cuestión de broma ni jarana:
Esperemos callados otra vida
Algo mejor que nuestra vida humana.

SONETO.

A fuer de atrevidísimo poetastro
La pluma á veces con denuedo enristro
Y á estúpidos y sabios subministro
De mi fecundidad el negro rastro.
Aplomo y dignidad: yo no me arrastro,
Ni está la adulación en mi registro,
Que no me inspira endechas un Ministro
Y me enagena un cuello de alabastro.
Al fulgurar del encumbrado estro
Sólo ante Dios y la virtud me postro
Y si un quidam, echándola de diestro,
Dice que altivo con el mundo arrostro
Le contesto al pasar—¡abur, maestro,
Felicidades! y le vuelvo el rostro.

A LA PRIMAVERA DE 1886

CON MOTIVO DE MIS ACHAQUES DE SALUD.

En años anteriores,
por este mismo tiempo de las aves
y las primeras flores,
en tal ó cual mañana,
en que de pasear me daba gana,
indefectiblemente sucedía
que, cuando menos lo esperaba, al paso
esa alegre señora aparecía
con su gallardo porte,
su semblante apacible
y su dulce sonrisa
á que ningún mortal es insensible.
El aire juvenil y la mirada
tan límpida, tan pura y seductora,
que era mirada de angel

en ojos de mujer cuando enamora.
Destrenzado el cabello
flotaba en ondas leves por su espalda,
y del naciente sol vivo destello,
para hacerlo más bello,
prestábale matices de oro y gualda.
Con gentileza asía
su ebúrnea diestra un haz de bellas flores,
y... no estoy bien seguro
de si los ví moviendo las aletas,
ó es la versión común de los poetas
la que en mi fantasía
me hizo ver que traía,
como usa esa señora de año en año,
su cortejo de céfiros,
de cierzos y favonios,
y no sé qué demonios
de geniecillos de gentil donaire,
hijos todos legítimos del aire.
No los ví bien, lo cual no es nada extraño,
pues endiosado con la tal señora
y absorto con sus gracias y su porte,
no le puse cuidado á su cohorte.
Llevaba como siempre

la consabida túnica rosada
de estilo griego neto, muy sencillo,
sin *puf*, sin *polisón*, y sin tontillo.
Pues esas son tramoyas
de actualidad, y nunca en ese tiempo
beldad pagana, griega ó mitológica
en el vestir pecó de anfibológica.
Permitíanse las damas de esos siglos,
como ésta de que hablo,
para hacer fácil el andar, un pliegue
en el airoso faldellín no estrecho
en el muslo derecho.
Digan ustedes si andarían airosas
con esa útil alzadura externa,
cuando sin otras faldas misteriosas
mostraba con candor toda la pierna;
y no con envoltura,
ni mallas, ni raquíticas calcetas,
sinó epidérmis pura,
cual conviene á una olímpica criatura.
Y nada de tacones ni esas cosas,
sinó la real sandalia de las diosas.
Tal se ostentó mi antigua conocida,
tal era su talante,

y por una razón que no me explico
semejante mujer tan arrogante
no llamó la atención de los transeuntes,
pues así son las gentes,
no obstante que el encuentro
de esa rara beldad, y casi en cueros,
ha pasado en el centro,
en una de la calle de Plateros.

Ello es que yo la ví; y ella pasando
me dirigió su celestial mirada
con esa majestad y esa entereza
de dama que no inclina la cabeza,
medrosa ó conmovida,
ante las mil miserias de la vida,
y yo á mi vez (en años anteriores)
aunque no tuve nada
de olímpico, de griego, ni pagano,
vivía bien, exento de dolores,
con vigor juvenil, con fé y sin miedo;
ágil, fuerte, robusto
como lozano arbusto
en la época del fuego y los amores,
de savia henchido y que en el prado ameno
se alza gallardo entre silvestres flores:

En fin, debo decirlo sin empacho,
alguna vez, (no importa cómo y cuándo)
llegué á considerarme un buen muchacho.
Tanto que en mi altivez siempre creciente,
no era nunca un encuentro impertinente
el de aquella señora;
pasaba junto á mí, y eso era todo,
y la veía de modo
que ni sorpresa, ni temor, ni susto
me causaba su paso.
¡Qué me había de causar! ¡á mí el gallardo,
el invencible arbusto!
ya la veía pasar, y reverente,
más bien por atención que por temores,
«¡abur!» articulaba simplemente.
De donde yo concluyo
que no nos importábamos un bledo,
y sin rencor ni miedo
yo seguía mi camino y ella el suyo.
Pero en llegando este año,
este año ochenta y seis que Dios confunda,
se ha armado entre ella y yo tal barahunda,
que de resultas de eso me he quedado,
hablando con verdad, muy mal parado.

El hecho pasó así: cual otras veces,
sin pensar en achaques ni dolores,
vi venir este tiempo de las aves
y las primeras flores;
y como había pasado de año en año
sin contratiempo, sin lesión, ni daño,
llegó al fin la mañana
que reza el almanaque,
en la que cierto giro del planeta
pone al invierno en jaque,
y se presenta alegre, placentera,
con programa de fiestas y de amores,
rica de galas, derramando flores
la señora en cuestión, la del refajo,
la alegre Primavera.
Yo estaba bien. Que venga, me decía,
una más, y esto es todo;
y aunque voy adquiriendo la manía,
como si fuera examen de conciencia,
de pensar y pensar con más frecuencia
en que somos de lodo,
no me afecté de modo
que temiera el encuentro consabido;
cuando en la tal mañana,

y de manos á boca
¡ahí está ya...! la misma, la pagana,
con su aire juvenil y con sus flores,
y su mirada altiva
y su pierna desnuda,
y siempre airosa y juvenil y esquiva.
¡Que pase! dije yo, cual otros años,
y, dispuesto al saludo de costumbre,
sentí tal encontrón que miré lumbre...
¡Ah, qué hombros de señora!
y dígole señora por respeto,
porque aquel encontrón lo siento ahora
como encontrón de yankee
que corre tras un *dollar* incompleto!
Yo el del vigor, el varonil, el fuerte,
el ágil, el robusto,
el elegante arbusto
que se ocultaba entre silvestres flores,
tuve una de dolores,
de mermas, de raspadas y lesiones,
que tambaleando, en medio de mi susto,
sentí que me iba á fondo,
y que iba á caer, sin remisión, redondo.
Iba á increpar á la inclemente griega

en medio á mi dolor y mi vergüenza,
y la hubiera cogido de la trenza,
ó de la misma túnica, ó del moño,
si un fardo que llevaba
en ambas manos y de objetos varios,
(entre otros mis cincuenta calendarios)
no viene al suelo en medio á mis afanes;
y maltrecho, y cayendo y levantando,
tropezaron mis piés con los *galvanes*.
Entre tanto, pasó la Primavera
majestuosa, sin pena y sin recelo,
y en situación tan poco placentera,
y á pesar de mi encono,
no pude ¡ay triste! ni aún tocarle un pelo.
Vinieron dos galenos,
según supe después, de los muy buenos.
Referí el encontrón, y me curaron,
según lo ratifican ellos mismos,
llenándome de ungüento y de aforismos.
Pidiéndoles consejo,
uno de ellos me dijo con voz grave:
«No es porque yo me alabe;
pero según la ciencia
y mi larga experiencia,

todo eso y mucho más de que me quejo,
cuesta llegar á viejo.
«No hay que cansarse, amigo,
y fíjese muy bien en lo que digo,
pues lo digo de veras:
todas esas frioleras,
inclusive la muerte, reconocen
este origen no más: las primaveras,
sin que valgan ungüento ni tisana,
porque tal es la condición humana.»

EL JUGADOR.

¡Oro! No hay más allá!—Paloma mía
Acepta esa diadema de brillantes.
—¡Qué linda estás así!—Los circunstantes
pueden pasar.—Expléndida es la orgía!
¡Más oro aún!—La suerte!—Volvería
á apostar cien escudos á la de antes.
—¡Oro!—¡Vino!—¡Mujeres deslumbrantes!
—¡Que venga pronto á avergonzarse el día!
—¡Maldito tres!....-¡Ingrata!-Así me dejas?
—No tengo más.—¡Un robo!—Con dinero
escaparé.—¡Perdí!—Siguen las quejas.
—Que muera.-¡Lo maté!-¡Perdí el tercero!
—¡Un dolor!-¡Tengo sed!-Porqué te alejas?
—¡Un pedazo de pan porque me muero...!

UN POLLO EN LOS TOROS.

SONETO

RENDIDO á Baco el matutino culto
Con seis *cocteles*, (*) métese á *Iturbide;*
Come, y, bebiendo siempre, se decide
A seguir de los toros el tumulto.
Llega á la plaza, y con semblante estulto
El redondel con la mirada mide.
¡Toroo! con voz aguardentosa pide
Y á cada picador grita un insulto
Y ¡Bruto! á aquél que se salvó de un salto.
Y ronco de gritar como un carnero,
Ya de resuello y de vergüenza falto,
Al ver un *volapié* del Habanero,
Arroja al redondel su sombrero alto.
Con una interjección de carretero.

México, 1897.

(*) Cock-tail.—Mezcla de jarabe, amargos, comac, rom y hielo.

EN EL ÁLBUM DE LA POETISA

JOSEFINA PÉREZ.

Ya estará V. cansada, Josefina,
De esa literatura de rutina
Empalagosa, atroz,
De lágrimas, de muertes, y telele
Que á veinte leguas del que escribe, huele
A entierro y á panteón.
La considero á V., la compadezco,
Tanto cuanto de veras aborrezco
Al hombre que es llorón.
Yo ni lloro ni nada, me divierto,
Y si suele escocerme algún entuerto
No se lo cuento á usted,
Ni como el Nigromante, juro al Pindo
Trepado, al escribirle, en un oscuro,
Frondoso, entre otros mil que crece ufano

Regado por los cielos, tamarindo.»

.....

Yo ni grito, ni tiemblo ó me estremezco,
Ni canto, ni digo ay, ni desfallezco,
Porque vivo así, así.
Y cuando escribo en álbum, que es seguido,
Á ninguna le pido
Me tenga compasión,
Ni de caerle bien buscando trazas
Le cuento que me han dado calabazas,
Ni que ésta me engañó,
Ni que me hizo llorar, ni que fulana
Me volvió desgraciado una mañana
Por que se me escapó;
Ni soy de los que piden con voz grave
De la dicha la llave,
Ni de los que le encargan á una dama
Que ponga flor, ó rama,
O lágrima ó corona en el panteón.
Debe V. divertirse muchas veces
Con esas insulseces
De la falange de los poetas tristes
Que siembran ayes y recogen chistes,
Que no es mal recoger.

Dejo á éstos el cuidado de decirle,
Cuando en su álbum vayan á escribirle,
Todo lo que es usted:
Angel, paloma, luz, rayo de luna,
Hada, deidad, botón, clavel y rosa,
Arroyito, laguna,
Sombra y estrella y sol y mariposa,
Y tan solo le digo
Que yo... la quiero bien y soy su amigo.

TERCERA PARTE.

POEMAS Y LEYENDAS

Á CERVANTES.

—

ODA.

Nació al albor de la primer mañana
De una región de luz desconocida
De dó la vida de los mundos mana;
Espíritu inmortal, del mundo egida,
Nuncio de gloria de la estirpe humana.

Angel, tendiendo las potentes alas,
Se lanza en los espacios insondables;
Surca mares de gasas transparentes
Y piélagos de sombras impalpables,
Dó ruedan en miriadas los nacientes
Globos, que, al *fiat* fecundo
Del Hacedor, brotando de la nada,
Sér y vida reciben, y ya pueblan
Vasta extensión, un mundo y otro mundo.

Las alas bate aún; y donde quiera
Que la mirada fúlgida dirige
Polvo de estrellas en el éter cunde,
Que un lampo sólo de la luz eterna
Dora y matiza, y su camino rige,
Y la vida á torrentes
En las etéreas bóvedas difunde.

Así el genio bajó sobre la tierra
A cumplir su misión de paz y gloria,
Y su trono erigió sobre las raudas
Edades que, pasando,
Van á sus piés en deleznable escoria
Su fausto y triunfos, míseras, tornando.

Vió los pueblos nacer; vió las naciones
En formidable lucha ensangrentando
Sus límpidos blasones.
Miró la vanidad alzar los templos
De fugitivas glorias;
A la ambición palacios esplendentes
De fausto y pompa ejemplos;
Y vió después el viento del olvido
Barrer tan sólo escorias,
Y á solitario capitel de piedra
Muda abrazarse trepadora yedra.

Todo rodó á sus piés cual polvo vano:
Pueblos, razas y edades,
Y templos, monumentos y ciudades,
Todo el tiempo lo trunca;
Mas los triunfos legítimos del genio
Por mandato de Dios no mueren nunca;

No mueren, no; regístralos la historia,
Mostrando sin cesar á la memoria
Un más allá esplendente;
Una vida mejor, á la que aspira
El alma entre el engaño y la mentira
De esta rápida vida transitoria.

Mas ¡ay! no siempre el mundo
Al genio poderoso
Justo homenaje rinde;
Torpe la envidia arrójale profundo
Sarcasmo venenoso;
Viles pasiones á sus piés se arrastran,
Copa de hiel le ofrecen,
Y en vez de comprenderle le escarnecen.

Así más tarde la justicia muestra
Inexorable al mundo,
En su pasmo profundo,

Sobre su rico pedestal, el llanto
Del mutilado ilustre de Lepanto.

Así más tarde la conciencia humana
Convoca al borde de dorada tumba
A pósteros que lloren,
Y en desagravio del pasado imploren
De otras generaciones la asistencia
Al grito llamador de la conciencia.

Así nosotros hoy, tras dos centurias
Y más, venimos á llorar á un hombre
De esclarecido y de eternal renombre;
Y en medio á la intuición de lo infinito,
Conocemos que alivia
El peso abrumador que nos oprime,
Algo consolador, grande y sublime;
Algo que nos eleva
Del lodazal de míseras pasiones,
Y á contemplar nos lleva,
Del mundo en la remota lontananza,
Una vida de gloria y esperanza.
Por que el genio redime
Al que del mundo para siempre es ido
Del peso de la muerte y del olvido.

No acabar extinguiendo
Con un soplo fugaz lo que el espíritu
Está en la vida sin cesar buscando;
No vivir vegetando,
Para yacer después siempre muriendo,
Es el triunfo mayor de nuestro anhelo;
Es conquistar desde la tierra el cielo....

¡*Cervántes* inmortal, mártir sublime!
De España los dolores
Y de émulos bastardos los rencores
Derramaron en tu alma la amargura:
Pediste pan dentro el hogar vacío,
Y sólo el hambre ¡ay Dios! llamó á tu puerta,
Cuando el alma tenías
Para dar gloria á España
De par en par abierta...!

No hubiste pan, y altares merecías:
Lloraste, y hoy te llora el mundo entero:
La risa con que tú te estremecías
Resuena en nuestros días
Como un eco de gloria placentero;
Hondos fueron tus males
Viviendo en el olvido;
Y al escribir con lágrimas de sangre

Tu *Quijote* inmortal, legaste al mundo,
En tu dolor profundo,
Tu época retratada
En tu tremenda y ronca carcajada.
Es que el genio inmortal que al mundo vino
Tocado tu alma había,
Y en medio á los vaivenes del destino,
Ya soldado, ya pobre, ya doliente,
Brillaba en torno de tu noble frente
Lauro eternal que el mundo envidiaría.

Tu tránsito acabó; y en tu postrera
Terrible noche de vivir cansado,
Y solo y triste, *adios*, dijiste al mundo,
En brazos de tu pobre compañera,
Transida el alma de pesar profundo.

Y acaso ya sabías,
Cuando llegar sentías
Brisa de eternidad, que á los oídos
Del moribundo zumba,
Que aunque la indiferencia y el olvido
Perdieran hasta el rastro de tu tumba,
El admirable libro que escribías
Iba á robar sus sombras á la muerte:

Iba á rasgar los velos del olvido:
Y leyéndolo el mundo en nuestros días
De muy distinta suerte,
De su loco entusiasmo en los excesos,
Iba á entonar sentidas gemonías
Por no tener ni el polvo de tus huesos.

Tu tránsito pasó sobre la tierra:
Pasó del tiempo la doliente saña,
El dolo, el llanto y el dudar que aterra,
Para luego nacer gloria de España.
Para luego vivir con las edades
La vida de los siglos en la historia;
La vida de los genios en la altura,
Para sentir honrada tu memoria,
Cuanto fué desdeñada tu amargura.

El triunfo es tuyo; á tu mansión de gloria
Llegue el himno elevado á tu memoria;
Y en tu descanso augusto
De la posteridad que te comprende
Oigas el fallo justo;
Pues supiste, ¡oh ingenio sin segundo,
Con sólo un libro cautivar al mundo!

New-York, 1875.

LA HUMANIDAD DOLIENTE.

INCLINE la cerviz soberbia el alto
Rey que en brillante púrpura se ostenta.
Baje de egregio solio el poderoso
Abandonando un punto
Encumbrado explendor; ceda al anhelo
De humanitaria voz que llega al cielo,
Olvide pompa vana,
Y oído preste al eco lastimoso
De la sublime caridad cristiana!

¡Callen fausto y poder! calle la odiosa
Voz del magnate, en vil placer opreso,
Y calle la ruidosa
Fiesta del lujo y cortesano exceso!
No los fugaces sones

De pasajera cántiga al intento
Levantada y viril que arde en mi alma
Se avienen, ni de vanas ceremonias
El mentido oropel y vano alarde;
Luz de piedad y amor, luz de los cielos
Corazones del júbilo segregue,
Y abandonando fútiles desvelos
El oro de los grandes hasta el triste
Y vil recinto de los pobres llegue.

Mengua de los humanos
Y baldón de la grey armipotente;
De padres y de hermanos
Baldón, son las miriadas
De mártires del hambre y el deseo
O del dolor! ¿Y es ésta
La grey inteligente y soberana
Que al porvenir impávida se apresta,
Y que con oro múrice, ante el débil
Menesteroso y triste se engalana?
¿Es ésta la que audaz sacó del limo
Y de la entraña virgen de la tierra
El preciado metal, la que hasta el fondo
Va de la mar salada, por cogerlas,
Sin respirar, tras escondidas perlas?

La altiva y pertinaz conquistadora
De ciencia y de poder, la que gozosa
El carro lleva fácil y atrevida
Por senda tortuosa,
Unos tras otros triunfos arrancando
A la materia vil, á los misterios
Del sér, del universo, de la vida?
Es ésta la progenie que á la choza
Del nómada, soberbia sustituye,
Cual muestra de poder, el que construye
De vanidad ejemplo
Lujoso alcázar ó dorado templo?

En vano hasta la cima coronada
Del humano poder, la planta osada
De conquista en conquista
Aseguró, si la diezmada prole
Famélica á su vista
Deja atrás de su carro caprichoso
Y al infeliz que gime sin reposo.
¿Qué mucho que afanosa
Maravillas al arte,
Y prodigios innúmeros al rayo,
Arranque de la ciencia explendorosa,
Si cabe el sólio augusto y el portento

De su munificencia soberana,
Doliente y débil turba, ni el sustento
Alcanza de la gente cortesana?
¡Inútil afanar, empeño loco
De la avara conquista inteligente,
Aunque al poder se encumbre,
Mientras postrada y abatida gente
Y abyectos pueblos míseros alumbre!

¡Detén, oh mundo, el carro de tu gloria,
Suspende el tremolar de tus pendones,
Interrumpe tus cantos de victoria;
Y si el batir de tus robustas palmas
Ha de embriagar de gozo nobles almas,
Conquístale al dolor más corazones!
Vuelve hacia atrás la atónita mirada,
Detente y mira el infeliz tumulto
Que en pos te sigue con la faz nublada
Por el rubor de tu grosero insulto!
¡Para! y si escuchas de tu Dios las voces,
Y si su santa ley no desconoces,
Rinde primero, por que así lo manda,
A la desgracia y al dolor tu culto!

¿En dónde están, cuando, al deleite el cuello,

Del lujo y fausto al vívido destello,
Doblais, como indolentes sibaritas;
En dónde están, soberbios soberanos,
En dónde, vuestros míseros hermanos?
¿Os niega por ventura
Avara la feraz naturaleza
Con generosa mano
En fácil lid multiplicado el grano,
Cosecha pingüe, y estival largueza?
¿Cuándo ingrata al cultivo,
Madre fecunda, á la caricia humana
El seno niega esquivo
La tierra al gérmen, que en vivir se afana?

¿Gloria anhelais, y timbres de grandeza,
Sereno porvenir, vida en la tumba
Donde la gloria humana se derrumba
Y la ancha senda de lo eterno empieza?
La única ofrenda pura
Digna de nuestra estirpe soberana,
De vuestra noble frente pensadora,
Y de ese Dios á quien el bueno adora,
Es la sublime caridad cristiana!

Que en la ruda jornada de los siglos
La humanidad no lleve ante las sacras

Mansiones de los ángeles el óvolo
De la humana grandeza solamente;
Lleve también el censo indeficiente
De pueblos libres, de dichosa gente
Redimida al dolor y á la penuria,
Y que á cada centuria,
De amor y caridad la hermosa idea,
Avivada en el alma de los hombres,
Borre de guerra y destrucción los nombres
Y lema universal por siempre sea!

Á MÉXICO

CON MOTIVO DE SUS GUERRAS CIVILES.

CANTO ELEGIACO.

CUBRE otra vez de luto ¡oh patria mía!
La noble frente y al dolor te entrega;
Tus hijos á porfía
Ingratos ¡ay! de la discordia encienden
La llama, y ofuscados de ira ciega
Sacrílegos te ofenden.

Doblega el cuello enhiesto
Y tributo al dolor le dé tu llanto;
Que en fratricida apresto,
A desgarrar las orlas de tu manto,
Van los que vida y salvación auguran
Y tu muerte apresuran.

Contémplalos, ay triste!
Los mismos son que ayer en la victoria
Depositar los viste
Después de hazaña tanta,
—Émulos ahora de su propia gloria—
Ricos laureles á tu augusta planta

—

Ellos son; que dejaron
Del alma paz la sombra bienhechora,
Y en apartados montes proclamaron,
Con falsos votos y enconoso alarde,
Promesa salvadora,
Cuando en sus pechos sólo
La sed de mando y de placeres arde.

—

Ellos son que las hondas
Heridas de tu pecho lacerado
Abren feroces; tu dolor pretenden
Que sólo en sangre escondas,
Y galardón menguado
En holocausto hipócrita te venden.

—

Llora, oh Patria, el aleve
Postrer amago á la esperanza incierta;
Al hijo que se atreve,

Exento de virtud y de civismo,
A abrir de la discordia el negro abismo
Tu llanto no conmueve.

—

¡Qué mucho que no sea
El que viertes sobre urna funeraria
A la amorosa idea
Del lujo que merece tu plegaria;
Por más que ahora tu desdicha exhale
El último lamento;
Busca otras nuevas lágrimas y dale
A tu nuevo dolor creces sin cuento.
Por que nunca restañas
La sangre á tus heridas,
Y no hay bastante hiel en tus entrañas
Para execrar á tantos parricidas.

—

Sicarios de la guerra,
Van en pos del reposo campesino,
Y del llano á la sierra
El áspero camino
Recorren, como azote de las chozas
De tímidos pastores,
Sembrando entre la gente de los campos
Luto, llanto y dolores.

—

La huella de su paso
Devastación es sólo;
Y nunca se hunde el sol en el ocaso
Sin alumbrar en campos y heredades,
La angustia y el tumulto,
Muerte, rencor y sanguinario insulto.

—

Yace en tierra el arado
Junto á la solitaria choza abierta;
La comarca desierta
No mira ya al ganado,
Y sin labor la miés en el collado
Débil se dobla y languidece yerta.

—

En vano las palomas
Buscan la mano amiga
Que cuotidianos restos les prodiga,
Y en las pintadas lomas
Ya no se advierte, en la callada tarde,
La azulada espiral que acusa alegre
Algún hogar que arde.

—

Todo es desolación; el campesino
Yunta y labor olvida,
Y medra entre la miés negra cizaña;
Y la yerba crecida
Vuelve á invadir el familiar camino,

Por que la fértil zona
Sin mano fiel que dirección la preste,
Va á recobrar su esplendidez agreste.

—

¿Dónde están los mancebos
Que con viril vigor y mano fuerte
Guiaban la coyunda
Para arrancar precoz al surco inerte
Los dulces pastos, la dorada espiga,
La sazonada miés, el fruto opimo
Y el robusto racimo?

—

¿Dónde está el segador de aquellos valles
Y el que guiaba al aprisco
Rebaños de corderos,
Cuidándolos de lobos carniceros?
¿Y dónde está la madre cariñosa
Y el anciano y los párvulos alegres
Que al rumor de las brisas
Adunaban sus cantos y sus risas?

—

Miradlos en la cumbre
De la árida montaña
Tornados en armada muchedumbre,
A la voz de mentido coriféo

Dejando la útil hoz, por el arreo
De la sangrienta próxima campaña.

—

Agenas ambiciones su destino
Cambian y les abrevian la existencia;
Pero no de la gloria en el camino,
Que exentos de pasión y sin conciencia
Viven como corderos,
Para morir cual tigres carniceros.

—

Sin prest y sin abrigo,
Sin familia ni hogar una jornada
A la otra se sucede;
Explota su valor pérfido amigo,
Y ya la diestra armada
Resiste de la guerra los horrores,
Y es, sin saberlo, azote ignominioso
De su propio reposo,
De la paz y del bien de sus mayores.

—

Llama el clarín á la mortal pelea,
Y un grito de rencor asorda el viento
Dó negra nube ondea;
La mano de Caín les presta aliento,
Y el hermano al hermano
Hiere cual cazador al tigre hircano.

No de extrañas regiones
El formidable apresto incita y trae
Al campo á las legiones
A defender honor, deber del hombre:
¡El mísero que hiere y el que cae
Tienen el mismo nombre!

—

Empero, cuánta hiel, y cuánto encono,
Cuánta inútil bravura,
Cuánta sagacidad en la acechanza,
La mano firme en el herir, y hartura
De sangre en la matanza!

—

Alumbra en el ocaso sol de fuego
El campo de obcecados fratricidas;
Cierzo de muerte zumba
Que viene á helar la sangre en las heridas;
Y al estruendoso choque sigue luego
La calma de la tumba.

—

Cuánta horrible agonía
Y cuánta horrible dolorosa muerte!...
Ayer el campesino sonreía
Alegre y sin cuidado, sano y fuerte
En la floresta umbría,

Y hoy grita y muere con dolor profundo,
Fruto caído á lodazal inmundo.

—

¿Quién lleva al sacrificio
A tantas tristes víctimas calladas,
Robando á la feraz agricultura
Las manos avezadas
A la ruda labor y útil cultivo,
Para empuñar espadas
Y atizar de discordia el fuego vivo?

—

En vano á su furor y sed de guerra,
Vilipendiada tierra
Propicia, amante y generosa ofrece
El pingüe fruto del fecundo seno,
Que el reposo asegura;
En vano el cielo espléndido y sereno
Con vivífico brillo resplandece,
Y fácil le procura
Risueña paz, y próbida ventura.

—

En vano la diezmada
Muchedumbre, la paz! la paz! vocea
De tanto insulto y crímenes cansada;
Que el moderno Caín, cual hiena astuta,

Sólo la sangre husmea,
Y hunde la faz hirsuta
En roja charca que la brisa orea.

—

Y una y otra y sin cuento
Las hecatombes se suceden. ¿Dónde,
Dónde está ese ángel que extermina y rije
El sacrificio cruento?
¿Dónde está el matador, tras de qué velos
Ó en qué tinieblas lóbregas se esconde
De la ira de los cielos?

—

Y los augustos manes venerados
De los que ayer en noble lucha fueron
Padrones de valor y de civismo,
En vano levantados
De horror se estremecieron
Sobre la abierta fosa congojados,
Al mirar á sus hijos obcecados
Cabar para la patria negro abismo.

—

En vano otras naciones
Con ánimo viril y recto ejemplo
Animan á la senda
De la inmortalidad; las sediciones,

Discordias y tumultos se suceden,
Y nunca, nunca pueden
Tener la paz altar y la ley templo.

—

Dejad la torpe espada,
Ya no más luto vuestro nombre empañe;
La fiebre de las bélicas pasiones
Calme el amor; restañe
Las lágrimas la viuda,
El huérfano infeliz, el triste anciano,
Y á la congoja ruda
Suceda viento bonancible y sano.

—

Dignos de vuestra estirpe
De preclaros patricios ostentáos.
Del lodazal sangriento
Antro de horror y crimen levantáos,
Y de guerra otra vez la única idea
Integridad, y honor y patria sea!

—

Otro más caro don teneis propicio
Que el hacha que blandis de los verdugos;
Otra misión que el cruento sacrificio,
Otro poder que militares yugos
Que aferran la existencia;

Es vuestro gran poder la inteligencia,
Vuestra misión amor, alma del mundo.
Y vuestro don fecundo
El suelo de la patria codiciado,
Con tanta sangre y lágrimas regado.

—

Tiempo es aún; enderezad la senda
A la concordia y en la mar bravía
Regid con mano fuerte
La nave que en las ondas de la muerte
Con debil lona al tiempo desafía.
Bogad hacia la paz; único puerto
De salvación en este mar desierto
En donde tarda tanto la bonanza;
En la paz, como en faro de esperanza,
Tened los ojos fijos
Y al puerto llegaremos;
O al morir en el mar no dejaremos
Ni hogar, ni patria á nuestros pobres hijos.

LOS TOROS.

—

SONETO.

Allá cuando el grosero gentilismo
Adoraba á los dioses terrenales,
Al hundirse entre inmundas bacanales
El Imperio Romano en el abismo,
De insensato deleite el paroxismo,
Del Circo en las matanzas infernales,
Arrancábale al cielo las señales
De la aurora de paz del cristianismo.
¡Y á pesar de Jesús, con amargura
Vemos que damas de hoy, por negra suerte,
Olvidan la piedad y la cultura
Por el brutal placer, y les divierte,
Como en Roma á la impúdica hermosura,
La estocada y las ansias de la muerte!

LA CARIDAD.

Composición leída por su autor en la Sesión de Aniversario de Hahnemanu en el Instituto homeopático Mejicano.

El humano deleite transitorio
Conque el fastuoso lujo nos brindó
En horas en que avaros, de placeres,
Latía el corazón.
El ruído del festín en los salones,
El egregio y magnífico esplendor
Que nuestra vaga atónita mirada
De pronto deslumbró.
Las fugaces sonrisas hechiceras,
Las miradas dulcísimas de amor,
Los íntimos suspiros exhalados
Por la febril pasión

Pasaron; y al pasar, dentro del alma,
Que un momento no más se estremeció,
Dejaron ¡ay! como el risueño arroyo,
Que de pronto cesó,
Inmundo limo, escorias y despojos
Al pobre corazón.

—

¿En dónde habrá un placer que no acibare,
Y no nos deje negra desazón,
Dónde hay deleite, que al saciar, no arrastre
Nuestra ventura en pós?
¿Detrás de qué ilusión fascinadora,
En pós de qué delirio tentador,
Iremos, que no traiga al alcanzarlo
La amarga decepción?
Si todos los placeres son fugaces,
Si de ellos, aún la misma posesión
Ha de ser al marasmo inseparable
Como la sombra al sol;
¿En dónde el peregrino de esta vida
Que transita entre el llanto y el dolor
Encontrará el placer que tanto anhela
Su agitada razón?
¿Goces buscais que no arrebate el viento,

Paz sin marasmos y sin letal sopor
Y placer que no os deje una hez amarga?
Buscadlo en el dolor.
Buscadlo en la expresión de esos semblantes
De los pobres que os llaman con amor;
Buscadlo en la sonrisa del que sufre
Con la esperanza en vos.
Y cuando al lecho pobre y desgarrado
Del triste martir de dolencia atroz
Os acerqueis, como angel de consuelo,
Lleno de fé y amor;
Cuando lleveis el bálsamo y la triaca
Y domineis al mónstruo del dolor
Con la mano bendita de la ciencia,
Mensagero de Dios;
Cuando al sollozo de dolor suceda
El tranquilo latir del corazón,
Recojed en el ojo del enfermo,
Que os busca con amor,
De gratitud el vívido relámpago
Que salta en una lágrima por vos,
Y guardad en el alma esa delicia
Porque os la manda Dios.
Cuando en la cuna plácida del niño,

Emblema de dulzura y de candor,
Sorprendan á la sierpe venenosa
Que aquella vida hirió,
Y con herirla, de la pobre madre
El lacerado pecho desgarró,
Y en la lucha de muerte con la vida
Vida y salud sois vos;
Cuando vuelva á gozar sonriendo el niño
Y retorne la paz tras el horror,
Recoged en la estancia de las lágrimas
El puro galardón
Que el cielo ha reservado al que socorre
Al martir del dolor.

—

Ese placer no cansará á vuestra alma,
Trayéndola marasmo y estupor;
La caridad es la virtud más noble
Que alienta el corazón.
Por ella—yo lo ví—y en la memoria
Su venerable imagen se estampó (*)
Era un anciano dulce, tierno, afable,
De persuasiva voz.

(*) Alude al señor don José Puig Monnany á cuya memoria consagró un recuerdo el Instituto en misma sesión de aniversario.

Noble y tranquilo el ademán, y su alma
Modelo de bondad y abnegación.
Blancos barba y cabello y la mirada...
No, la mirada no;
Ha tiempo que vivía en las tinieblas,
Mas llevaba en el alma luz de amor
Y en medio de su eterna noche negra
Aún buscaba al dolor;
Aún tendía la mano al desgraciado,
Aún consolaba al mísero su voz,
Aún entraba al tabuco del enfermo
En el nombre de Dios.
Y en medio á las tinieblas de sus ojos
La eterna luz su alma iluminó;
Para él no había flores, ni celajes,
La noche en derredor
Lo cercaba, y antorcha de sí mismo
De tormentos agenos iba en pós.
Fué su vida la aurora de otra vida
Más radiante que el sol.
No hubo sendas estrechas para su alma;
Ciego al placer, el culto del dolor
Fué su luz, su consuelo, su esperanza,
Su fé, su salvación.

¡Homenage al filántropo sublime!
Imitémosle todos con fervor;
Que socorrer la humanidad doliente
Es la más dulce celestial misión,
Es el placer que nunca mata al alma,
Y es la virtud que más agrada á Dios.

FRENO.

—

¡HASTA cuándo la guerra
Devastará esta tierra!
¡Hasta cuándo la mano
Despiadada del héroe
Verterá en fértil campo sangre y hiel!

¡Cuándo será que probo
Y recto el hombre público
La rienda lleve fácil
Por el camino próspero
Que conduce á la paz y á todo bien!

¡Hasta cuándo habrá freno
A la ambición sin tasa;
Hasta cuándo sereno
Caminará el Estado
Digno en el mundo de su nombre y prez!

¡Quién domará á los buitres
Que en su festín eterno
El grito de los mártires,
El ay de los vencidos
Música blanda á sus oídos es!

¿Quién ese numen pérfido
Aborto de las sombras,
Que inspira la hecatombe,
Apagará en el límpido
Reflejo augusto de anhelada paz?

Y la pasión bastarda
Que, despreciando al pueblo
Y al desgraciado, encónase
Al ruego de las lágrimas,
Buscando los escaños del poder!

¿Cuál de las sombras graves
De nuestros padres ínclitos
Aliento puro y noble
Inspirará en su túmulo
Para apagar de la ambición la sed?

Acaso abandonados,
De la molicie presa,

De las pasiones víctimas
Nuestro final destino
Es ya como nación desparecer?

Del árbol de la patria
Los frutos más ópimos,
Las flores más preciadas
Arranca ya del ábrego
El sañudo y fatídico poder.

Ya los ancianos probos
Cediendo el puesto tristes,
Dejan en pos la crápula
Que en tálamo convierte
El encargo sagrado de la ley.

Ya no la mente recta,
Ya no el criterio sabio
Entre hábiles reparte
Los cargos más difíciles
Para guiar el público bajel.

Los criminales précianse
De honores y de lauros;
De su pasado olvídase

El miserable pária
Y el capitolio invade su altivez.

Botín al hambre y crímenes
Y á la ambición los puestos
Que en antes á la ciencia
Y á la honradez cediera
La mano sabia de sereno juez.

Oh patria desgraciada,
Fuente de sangre eterna,
Ya de tribus idólatras,
Ya de patricios falsos
Verdugos de tu nombre y de tu fé.

Enmedio á tu agonía
Ay! de placeres ávida
La inmensa muchedumbre,
Y ciega ante su horóscopo,
Busca de los deleites la embriaguez.

Huyen tus hombres rectos
Calla el honor y ocúltase,
No elevan los tribunos
La voz ante el peligro
Y sube al solio corrompida hez.

Y en tanto tus poetas,
¡Oh México humillada!
En femeniles cánticos
De flores coronados
Abandonan su lira al vil placer.

No de otro modo Roma,
Señora y cortesana,
En crápula y festines
Vilipendiada y ciega
Perdió, hasta hundirse, su renombre y prez.

A LA MEMORIA

del malogrado joven médico Román García Figueroa.

¡Es cierto!... Inescrutable en sus arcanos
El destino del hombre
Siega la flor de la esperanza un día,
Y en deudos convertidos los hermanos
Van á escribir un nombre
Sobre una losa fría!
¡Genio, vigor y juventud y vida
Dones del alto cielo!
Al golpe de segúr aborrecida
Dentro la fosa quedan
Cual témpanos de hielo...
¡Adios! último adios! El cementerio
La desprendida lágrima recoje
Con el postrer gemido;
Y mañana tal vez no habrá quien moje
Con llanto dolorido

Aquel lugar donde el silencio triste,
Muda expresión de la terrible idea
De la muerte, entre tumbas olvidadas
En larga soledad se enseñorea.
¡Allí queda! allí está... Del sueño eterno
El terrible sopor quietud le imprime,
Y en tan hondo descanso
Sólo el efluvio de un afecto tierno
Del olvido del mundo lo redime.
Solo la fé sublime del cristiano
Puede hallar una luz como una estrella
Entre el inmundo polvo de la tumba:
¡Esa luz es tan bella,
Que da la paz al padre y al hermano,
Y hace que no sucumba
A su dolor el que ama á los que fueron!
Miro esa luz, porque en el mundo fuíste
Grande, bueno y leal: Tu tumba sea
Urna donde recojas en el mundo
De los que te aman la inmortal idea.

Noviembre 12 de 1867.

Á LOS MÁRTIRES SIN NOMBRE.

CANTO ELEGIACO.

¿Cómo es que ni un acento se levanta
En el monte ni en la árida llanura,
Y ni una insignia santa
La triste sepultura
Marca de los que fueron en un día
Fuerte defensa de la patria mía?

¿Cómo es que en los estériles collados
Se evaporó la sangre derramada,
Y en sitios desolados
Creció yerba doblada
Por el cuerpo de un bravo moribundo
Que á esa yerba legó su adios al mundo?

Ni una cruz, ni un «aquí» le dedicaron,

Ni un adios sus amigos le ofrecieron;
Todos le abandonaron,
Los suyos se volvieron,
Y la tierra y el tiempo y el rocío
La losa bordan del sepulcro frío.

Cual si el tiempo quisiera presuroso
Borrar la huella de la tumba triste,
Crece el pasto abundoso
Y aquel cuadrado viste,
Robándole á los hombres la memoria
Y el «hasta aquí» de la olvidada historia.

Y la madre y el padre y el hermano
«¿En dónde, en dónde?» con afán preguntan,
Y en el inmenso llano
Entrambas manos juntan
Y á Dios, tan sólo á Dios, en su plegaria
Encomiendan la losa funeraria.

Retornan al hogar, y el desconsuelo
En su escuálido rostro se retrata,
Y la piedad del cielo
Su espíritu dilata...
Esperanza divina del cristiano,
Bálsamo sí, del corazón humano!

Tronchada flor con cáliz de esperanza,
Con tallo de vigor, era un guerrero!
Soñaba bienandanza
Y el matador acero
Segó su juventud y sus amores,
Trocados por sus últimos dolores.

¡El dolor de la muerte!... dolor mudo,
Supremo, que nos deja la conciencia
Del sér que corta un nudo;
Penumbra de existencia,
Crepúsculo dudoso de infinito,
Ideas de angel, lucha de precito...

Patria, amor, libertad en lontananza
Vigor y fé para luchar triunfando,
Y en medio á la matanza
Sentirse agonizando,
Caer, sufrir, gritar, tirar la espada,
Sentirse pisotear, después... la nada...

¡Oh fugitiva historia del valiente!
¡Oh ignorada epopeya del soldado
Que el mundo indiferente,
Cual átomo arrojado

Al abismo, ni vé, ni una memoria
De hechos tales consígnase en la historia!

Cuántos en el fragor de la batalla
Luchando como buenos sucumbieron;
La horrísona metralla
Cortó de los que fueron
Cual la hoz del segador ¡ay! tantas vidas!
¡Tristes! de los demás desconocidas.

Hasta la fama, hasta la gloria acaso
Parciales son del mundo indiferentes!
¿Les falta en ese caso
Laurel para una frente?
¿Qué destino fatal sus losas cubre
Que aún de justicia la mirada encubre?

¡Fatal destino pérfido del hombre!
Confundido morir con sus corceles!
¡Oh víctimas sin nombre,
Aquí están mis laureles,
Y si en el campo vuestra tumba hallara,
Con mi copioso llanto la regara!

Y la patria ¿dó está? ¿porqué no calma
El llanto que derrama desvalido

El huérfano, que el alma
Con íntimo gemido
Destroza, y de la patria va implorando
Consuelo, su miseria demostrando?

¡Ay! ni la patria, no! sólo ha encontrado
En ese campo insignias, una espada
Del gefe graduado:
Entre soldados nada.....
La fama allí eligió á los generales;
Y los demás fusiles son iguales.

¡Triste fin del pequeño junto al grande
Por más que por ser grande tenga empeño!
La gloria es del que mande,
El olvido al pequeño
Esta es la dura ley que rige al hombre;
Esta la ley de las víctimas sin nombre.

Por eso en este memorable día
De consagradas, fúnebres memorias,
La voz de mi poesía
Ensalza vuestras glorias.
Y al esparcer mis cantos á los vientos
Os conquisto un laurel de pensamientos.—

Y si la voz de los que el mundo moran
Atraviesa los lóbregos desiertos,
Y cuando tristes lloran
Los escuchan los muertos,
Llegue en la brisa á vuestra huesa fría
La sentida expresión de la voz mía.

¡Paz! ignoradas víctimas preciadas,
Flores de ayer, con esplendor y vida
Hoy secas y tronchadas
Por segúr homicida.
Descanso y paz ¡oh mártires queridos!
Muros de nuestra vida derruídos...

¡Descanso y paz! las auras vespertinas
Muevan de vuestras tumbas olvidadas,
Como tropa de ondinas,
Las plantas arraigadas
En la pesada tierra que os sepulta
Y vuestros hechos de valor oculta.

Vuele mi voz en el rumor del viento
Y recorra besando la llanura,
Llevando un pensamiento
A cada sepultura.

Y acaso, acaso en cada lecho abierto
Más blanda paz le proporcione al muerto.

No saben quiénes son; mas mi poesía
Os cubre con amor bajo sus alas,
Y su plegaria envía
A las etéreas salas,
Porque á mi ejemplo enternecido el hombre
Ruegue á Dios por las víctimas sin nombre!

Septiembre 17 de 1867.

EN LA SENTIDA MUERTE DEL CORONEL DORIA.

Composición leída por José T. de Cuellar en la ceremonia fúnebre con que la 3. y 4. División del Ejército nacional honraron la memoria del finado.

(*Noviembre 27 de 1869*)

¿Y es verdad! ¡Dios eterno! y ya cubierto
Por losa funeraria,
No queda más que ese despojo yerto
Y el lúgubre tañer de una plegaria,
Como el postrer rumor que deja un muerto?
¿Y ayer? Ayer, lozano
Como el pomposo arbusto se mecía,
Al soplo de las brisas vagarosas,
Lleno de savia y juventud; vivía
Destacándose erguido
En la feraz montaña,
Que el rojo sol que alumbra los espacios
Con tintas de oro baña.

Ayer! le conocisteis en su frente,
Reflejo de la calma
De la conciencia pura, se leía
La nobleza de su alma.
Jamás en las bastardas transacciones
Del espíritu humano,
El brillo mancilló de sus blasones,
Ni al halago de pérfidas pasiones
Tendió jamás la mano.

Joven aún, el alma sintió un día
Impregnada en la esencia
De esa dulce y letal melancolía
Que en éxtasis convierte la existencia,
Ofreciéndonos gotas de ambrosía;
Y exento de pesares,
Soñaba un porvenir resplandeciente,
Por que algo allá en su alma le decía
Que un laurel en el mundo encontraría
Con que ceñir su frente.....

Así en los patrios lares
Lo sorprendió, soñando en la ventura,
El lejano rumor de la amargura
De la patria agobiada de pesares,

Rumor que le llevaban á su oído
Las vespertinas brisas de Linares.

Y abandonó la paz, y los encantos
De su paterno hogar, saltó á la silla
De animoso corcel, y el tierno hijo
«Mi patria ó muerte», dijo;
Y la patria, después de verle, ufana,
Saludaba entre el humo del combate
Al jefe de las huestes de Galeana.

No importó á su ardimiento
Luchar con aguerridos escuadrones
De la guerra portento:
La alta frente del viejo Cimatario
Le contempló, sembrando en la llanura
En la hueste enemiga la pavura,
Sublime con su arrojo temerario.

Después... cuando en La Cruz, hecho pe-
[dazos
Un cetro de oro consternaba al mundo,
En estrecho recinto
Un vástago leal de Carlos quinto,
En su dolor profundo,

Y siempre hidalgo, en conocer se afana
Al coronel invicto de Galeana;
Y allí escribió la historia
Que el Hapsburgo vencido,
Dirijió nobles frases conmovido
Al raro arrojo y al valor de Doria.

Y después... un estrecho y dulce lazo
De noble simpatía,
Al guerrero, al amigo y al hermano
Ligaban en el centro cortesano;
Y por senda de flores
Plácemes, dichas, gratitud y honores
Por dónde quiera alegre recojía
Aquél, que en los delirios de su mente
Miraba un porvenir resplandeciente;
El que en la primavera
De vigorosa juventud llevaba
A los labios la copa de placeres,
Y ufano el mundo á su ambición brindaba
Lugar digno en la historia,
Altos puestos, renombre, fama y gloria.

Y después... y después? ¡En el cuadrante
De la espantosa eternidad estaba

Apuntando la mano del destino
Una hora infausta! y la segúr terrible
De la muerte, en mitad de su camino,
Al joven, al invicto, al denodado,
Al tierno amigo, al noble caballero,
Tenía preparado
Golpe postrer, inesperado, horrible,
Cual nefanda traición de lo ignorado...

Y aquella mano que empuñó atrevida
Acero vengador, bajo el sudario
En hielo sepulcral está aterida...
¡Ay! cuando ayer la contempló su ejida
La patria, desde el alto Cimatario!...

Ya en la radiosa frente
No brilla el fuego de la inquieta idea,
Y quedó solamente
El aura sorda de la tumba helada,
Que allí los jugos últimos orea
Y devuelve los cuerpos á la nada,
Muda y huyendo de la luz febea.

Todo acabó... Pináculo de espuma
Que el viento airado en su furor destroza;
Encantado palacio

Que en la mañana construyó la bruma,
Llenando con sus formas el espacio:
Prisma de mil colores
Que engendraba en la ardiente fantasía
Las leyendas poéticas de amores,
Los timbres de grandeza y nombradía,
La dicha y los honores.

Todo acabó, cual si de ignoto seno,
Raudo turbión brotara,
Y con la voz del trueno
Brumas y flores á la par cortara...
¡Ah! en malhadado instante
Un panorama espléndido y divino
Convirtió en un despojo miserable
Tirado en la mitad de un gran camino.

¡Oh muerte inescrutable, muerte, muerte,
Nada podrá aplacarte!
Ni los que humildes lloran por temerte,
Ni los que altivos luchan por buscarte.

Doria: ya en paz en la morada eterna
Do la pereza brilla, si un recuerdo
Conservas de este mundo,
Si tu espíritu acaso descendiendo

En efluvios de luz, viene en las noches
En un rayo argentado de la luna,
O si acaso destellas
Cual movediza ráfaga en el puro
Y continuo brillar de las estrellas,
Si en un canto musical ó en la armonía
De murmullos de amor desconocidos,
Hay algo de tu espíritu que vaga,
Llegará cual querida melodía
Murmurando tu nombre en mis oídos.

En tanto, duerme en paz: sobre tu tumba
Laurel y olivo mi amistad te ofrece,
Y en el rumor del huracán que zumba,
En la brisa que muere y languidece,
En la voz de las hojas del Otoño,
Que llevan ya la palidez sombría
De tu tranquila frente,
Ha de ver sin cesar el alma mía
Tu recuerdo latente.....
.....

Todo acabó.... Soldado de la patria
Fresco laurel guardó de la pelea:
—¡Imitadle, patricios campeones!
¡Lloradle aún, amigos corazones!
¡Leve la tierra á sus cenizas sea!

LOS TRES ANIVERSARIOS.

I. (8 de Diciembre de 1860.)
II. (8 de Diciembre de 1869.)
III. (8 de Diciembre de 1876.)

I

CONCHITA.

Hoy va á cumplir Conchita nueve abriles
Y es como un angel candorosa y buena,
Y linda como cándida azucena
Que en mañana serena
Es la gala mejor de los pensiles.

Tiene esta niña la blancura mate
Del jazmín, y sus ojos de azul cielo
Contrastan con sus labios de granate,
Y su tez es tan pura,
Que si la mano ansiosa y con recelo
Deseando acariciarla
Logra por fin tocarla,
Siente la suavidad del terciopelo.

Las niñas y los ángeles infunden
Al mismo vicio púdico respeto,
Y con mirada cándida y serena
Y al mismo tiempo llena
De pueriles antojos,
Como aromas la flor, virtud difunden,
Porque la luz de sus tranquilos ojos
Y la luz de los cielos se confunden.

Conchita es una niña muy mimada
Y goza la feliz prerrogativa
De su edad tan risueña y tan hermosa
De mirar de este mundo la morada
Siempre alegre risueña y atractiva,
Siempre color de rosa.

Su madre se ve en ella
Y la contempla con afán tan loco,
Que no acierto á decir quién es más bella;
Si la madre que todo amor destella,
Ó la hija amada que de amor es foco.

Un afecto tan grande y tan profundo
Tiene algo en sí de angelical y santo
Y en sus dulces fruicciones sube tanto
Que deja abajo el lodazal del mundo.

En alas de ese amor la madre y la hija,
Como las espirales del incienso,
Van hacia Dios, con la mirada fija
En la bóveda azul del cielo inmenso.

Va á comulgar Conchita,
Porque al cumplir nueve años,
Dice la tierna madre, necesita
Que en esta dulce calma
Entre Dios en su alma
Antes que la envenenen
Del mundo los terribles desengaños.
Mientras así medita
Y se embelesa con tan santa idea
A su lado Conchita juguetea,
Alegre y divertida,

Y así la madre sin volver la cara
Afanosa prepara
De raso blanco y delicado encaje
De la primera comunión el traje.
Llega por fin la hora
De ataviar á la niña;
Tarea alhagadora
Cuyo final con intención demora

La madre, que, encantada,
Mucho más la acaricia que la aliña.

Pero por fin vestida y ya impaciente
Por mirarse en la luna del ropero
Pronto, de cuerpo entero,
Cual blanca mariposa se desprende
De los maternos brazos,
Dejando caer sobre la airosa falda
El ténue velo y los sedosos lazos.

Con infantil donaire ante el espejo,
Y diminuta mano,
Los pliegues del vestido recompone,
Y con lindo gracejo
Al mirar que está espléndido su traje
Se estudia, se contempla, se compone,
Y con el goce en el semblante impreso
De puntillas se pone
Para pagar á su querida madre
El valor de la hechura con un beso.

II.

(8 de Diciembre de 1869.)

CONCHA.

Llegaba á diez y ocho años
Muy gallarda y gentil la niña aquella;
Pero ahora más bella,
Porque en el trazo clásico del angel
Y en las graciosas lineas infantiles,
Una mano muy sabia y muy artista
De la mujer marcaba los perfiles.

Siguen sus ojos retratando el cielo;
Pero ahora más azul y más oscuro;
La boca de la niña era modelo
De una boca de virgen, y tenía
Un contorno más firme y más seguro.
Su tez, como antes, delicada y blanca,
Era su misma tez de terciopelo;
Y en su gentil donaire parecía
Angel cuando miraba,
Mujer si sonreía,
Y en el nuevo contraste distinguía

Observador profundo
Con cuidadoso anhelo,
En su pupila azul mucho del cielo,
Y en su faz de mujer mucho del mundo.

Y variación tan súbita y sensible
El recelo aumentaba
De la madre de Concha, que pensaba
Con malestar profundo
Y con crueles enojos,
Que si aún brillaba el cielo en esos ojos
En ese corazón entraba el mundo;
Y al éxtasis de amor dulce, apacible,
Que embelesó tan plácida existencia
Se aduna la presencia
De un presagio fatídico y terrible.

En mi vida he notado
Que á veces el amor viene á las almas,
No con alarde ó juvenil presteza,
No alegre ni risueño,
Sinó en forma de sueño
O en forma de tristeza.

Y Concha era feliz, pero solía
Tener meditaciones más profundas

De lo que convenía
Al mimo y al regalo
Con que madre tan tierna la abrigaba
En el tranquilo hogar donde vivía.

Yo no sé en qué pensaba
Concha, cuando en la tarde turbia ó fría,
Con la mirada atónita seguía
El vuelo de alguna ave que emigraba
Cruzando, sola, la extensión vacía.

Un aviso quizás; presentimientos
Sin forma, vagos, pero siempre tristes,
Que como efluvios de otro mundo ignoto,
Llegan al alma... yo no sé; misterio,
Misterio atroz del porvenir remoto.

Entre tanto la madre que adivina
Leves sombras de enojos
En la pupila azul y cristalina
De aquellos lindos y queridos ojos,
Flores la ofrece y pájaros y encajes;
Ya un precioso rubí para su mano
Ya una pieza de Talberg para el piano,
Sombreros, plumas y variados trajes.

Y con esa exquisita vigilancia,
Y ese nimio cuidado,
Atributo exclusivo de las madres
Que son de amor y abnegación dechado,
La silenciosa estancia
De Concha á media noche recorría
Para verla dormir ¡qué bella estaba
Bajo el dosel de gasas transparentes
Y entre las blancas ropas!... parecía
Del manso río entre las tenues brumas
Náyade recostada en las espumas.

No se movía en el tranquilo lecho
Ni un pliegue; ni una onda se cambiaba
Sólo un encaje nítido oscilaba
Sobre el rítmico péndulo del pecho.

La madre al contemplar que palpitaba
El corazón de Concha dulcemente,
Como el marino experto,
Ya separado del seguro puerto,
Que en el surgir de la onda y de la espuma,
En el color del agua, ó en punto
Del límpido horizonte
La tempestad conoce, presagiaba

De no sé cuántos males el conjunto,
Y así transida de temor, rezaba,
Rezaba noche á noche silenciosa
Afligida á la vez que cariñosa
Conteniendo el dolor dentro del pecho
Y paseaba, llorando, su mirada
De una ALMA DE LA VIRGEN en su cuadro,
Al seno de la virgen en su lecho.

Como una nube al declinar la tarde
Anubla al occidente
La púrpura que un cirrus leves arde,
Así una sombra tétrica apagaba
La limpia luz de su serena frente.

Concha, la madre al fin le dijo un día,
No eres feliz; ¿qué tienes hija mía?
Y Concha aunque la oía
No pudo entonces contestarla nada,
Pero las madres saben cuando zumba
Viento de adversidad sobre sus hijas,
Saben cuando el amor, un amor nuevo
Ciego y carnal con insidiosa calma
Viene á turbar el bienestar del alma,
Y tal la habló ese día
Que el silencio de Concha y sus sonrojos

Estallaron no en voces ni en palabras
Sinó en el llanto que inundó sus ojos.
Mi pobre corazón lo adivinaba,
Dijo la madre al fin con entereza
Cuantas veces á solas lo pensaba
Pero doblo al destino la cabeza,
Sé que en el mundo, al fin todo se acaba,
Por dura ley de la naturaleza,
Y al mirarte crecer y ser tan bella
Deseando tu ventura la temía.

Hoy otro amor dentro tu pecho empieza
Mas oye, si ese amor tu dicha labra,
La dicha que tú goces es la mía.

Madre, ¿el amor es llanto? ¿por qué lloro
Por qué siento esta pena tan profunda?
Yo creí que el amor era apacible
Tranquilo y susceptible
De una dicha tranquila é inefable,
Y al amar, madre mía,
Siento una ansia tan loca
Una inquietud tan honda
Que al devorar yo sola angustia tanta
Este amor extrañísimo me espanta.

Tú que lo sabes todo madre mía
Explícame por Dios esta agonía
Lo sabes?
Sí, lo sé que es un aviso
Que Dios te manda al alma
Y te quita la calma
Por que advertirte el mal se hace preciso.
Prescinde de ese amor y bonancible
Lucirá el horizonte de tu vida,
Y acabarán tan crueles agonías.
Y Concha concentrada,
Y fija la mirada,
En ademán terrible
Le contestó resuelta ¡es imposible!

III.

8 de Diciembre de 1876.

CONCEPCIÓN.

Desde entónces la madre acongojada
Lloraba á solas con mortal desvelo,
Y triste, atribulada
Hondas plegarias elevaba al cielo.

Muchas veces pensaba en sus vigilias
En la ALMA DE LA VIRGEN que pendía
Del muro de la estancia; ante aquel cuadro
Oró mil veces mientras la hija pura
Con un sueño dulcísimo dormía;
Después sólo escuchaba
Sin atreverse á entrar porque sabía
Que como no era ya feliz, velaba.

Mas una noche, tras de lucha amarga
Una noche muy larga,
Bajó del lecho y con ligera planta,
Anudada sintiendo la garganta,
En la virgen del cuadro la idea fija,
Se deslizó en silencio, y con cautela
Anhelando mirar dormida á su hija,
La vidriera del cuarto abrió despacio,
Contuvo los latidos de su pecho
Y contempló desde la puerta el lecho.

Cierto poder extraño y misterioso
La enclavaba en la alfombra,
Sin poder distinguir entre la sombra
Ni el cuadro de la Virgen en el muro
Ni el bulto de su hija sobre el lecho.

Con el oído atento
En medio á aquel silencio tan profundo,
Casi sin respirar, sin movimiento,
Largo tiempo pasó, como una sombra,
Como una aparición del otro mundo,
Al fin dió un paso vacilante y corto
Con la mirada fija
En una curva blanca que debía
Ser el cuerpo de su hija
Anduvo más, y la atención profunda
Que habían sostenido sus pupilas
Alteró la visión, y curvas blancas,
Como las olas de la mar hirviente,
Se suceden, se cambian de repente,
Y aparecen después; el hipnotismo
Formaba de las sábanas del lecho
De curvas blancas, agitado abismo.
De súbito una idea
Como el rayo penetra en su cabeza,
Un grito de terror lanza tremendo,
Y avanza con presteza
Como la leona herida
Que ha llegado á la cueva donde anida
En busca de sus hijos pequeñuelos...

La pobre madre de dolor transida
Estruja y rasga en su fatal despecho
Las ropas blancas del desierto lecho.

Y desde aquella noche memorable
Aquel nido de amor tan entrañable,
De donde Concha huyó, quedó desierto,
Y triste y empolvado, largos días,
Como esas criptas viejas y sombrías
De donde acaban de sacar un muerto
Y no ha mucho he sabido
Por que ha llegado á mí de boca en boca,
Que desde el grito aquel perdió el sentido
La desgraciada madre, y vive loca;
Loca y su cuidadora,
Testigo de tan íntimos dolores,
Calma de aquella madre los furores
Poniendo sobre un banco
Una muñeca que vestir de blanco,
O bien entre las sábanas figura
Un bulto y dirigiéndose á la loca
Pone un dedo en la boca
Y la madre infeliz se queda inerte
Porque su hija que duerme no despierte.

Concha entre tanto de su amor funesto
En la embriaguez febril goza y delira
Hasta tocar el límite prescrito
Por la moral á aquel amor maldito
Y exclamando infeliz, todo es mentira.

Y en medio del marasmo y la atonía
De la espantosa sociedad mundana,
Al escuchar los gritos de la orgía,
Con amarga ironía,
El traje se vistió de cortesana
Y se lanzó enseguida
Cual suicida iracundo
Del torpe vicio al lodazal del mundo.

Este ocho de Septiembre, aniversario
De los dos que conocen mis lectore,
En un panteón desierto y solitario
Sentado en una piedra
Y bajo un pabellón de mustia yedra
Estaba un infeliz sepulturero
Mirando atentamente
Extinguirse las luces de occidente.
De súbito volvió la vista inquieta
Por que entraba al panteón casi trotando

Una mula tirando una carreta.
—Tarde vienes, le dijo al carretero,
¿Traes carga?
—Si señor es un cadáver
Y de San Juan de Dios
—¿No tiene nombre?
—Se llamó Concepción, dijo al muertero.

HERMINIA LA CRISTIANA.

(ORIENTAL.)

I

EL SULTÁN.

Sobre otomana de mullida pluma
Por más de cien esclavas construída,
Blanca como del mar la leve espuma,
De tulipanes de oro circuída,
Entre el vapor de la caliente bruma
Que está arrojando goma encandecida,
Luenga la barba y sin pesar la frente
Reposaba el sultán indiferente.

Fija la vista allá de la techumbre
En el encaje y filigrana leve,
Cerca de sí la amortiguada lumbre

Dó el humo azul en espiral se mueve,
De sus bellos ensueños en la cumbre
Ni aún la pestaña sobre el ojo mueve,
Y cruzan en su ardiente fantasía
Bellísimas visiones á porfía.

Bello es el mundo, piensa, van mis días
En la muelle pereza discurriendo;
No turban mi placer penas impías
Y voy la dicha por doquier bebiendo;
Sucédense los goces y alegrías
Entre el amor, y al ir languideciendo
Tisbe ó Zoraida ó Marta la cristiana,
Las fuentes son donde el placer emana.

Ah, Tisbe! sí, tan linda y tan gallarda,
En el danzar cual sílfide, en el lecho
Cual marmórea escultura que me aguarda
Laxos los brazos, sosegado el pecho,
Donde procuro que mi afecto arda
Como el almizcle en el calor desecho,
Donde está un corazón tan solo mío
Que se enciende ó se apaga á mi albedrío.

La pálida Zoraida que en el canto
Vierte tan triste apasionado acento,

Tan inefable, misterioso encanto
Como del Fenix el postrer lamento...
¡Cuánto á mis ojos es hermosa, y cuánto
Por ella amor dentro del pecho siento!
Cuando tañe la guzla sonorosa
Jamás acaba su canción la hermosa....

Marta me abate con su aspecto frío,
Con su altivo ademán y su mirada,
Y á veces con su estólido desvío;
Si me habla de la Cruz se pone airada....
¡Ah, por vida de Alah! y el culto mío
Maldijo ya resuelta y despiadada....
¡Oh, no vale su Cruz y su fortuna
Un prisma de mi cara media luna.

Y aquí llegando el raudo pensamiento
Del sultán, de la pipa de oro puro
La culebra soltó, ceño violento
Su semblante tornó severo y duro,
Y se incorpora incómodo en su asiento;
Su mente exalta aquel recuerdo oscuro,
É hiriendo con un cabo timbre hueco
Resonó en el harém sonoro eco.

Veinte esclavos se aprestan cuidadosos;

Los eunucos estúpidos asoman
Y se postran dos moros respetuosos
Que aquel servicio los primeros toman;
Y en besando el tapiz, se alzan medrosos,
Pues las miradas del sultán los doman.
Hizo altiva señal y en el momento
Quedó solo otra vez el aposento.

Bien comprendida fué sin duda alguna
La orden muda, cuanto recta y clara,
Que es sólo de sultanes la fortuna
De contemplar esa obediencia rara;
Porque en el regio harém orden ninguna
Cumplir por negligencia se olvidara;
Todos alhagan sus deseos prolijos,
Teniendo en el sultán los ojos fijos.

II.

EL SUEÑO.

Resonó de nuevo el timbre,
Corrióse roja cortina
Y ligera como ondina
Una mora apareció.

Trae una jarra de plata
Y un vaso exquisito y raro
Que mira el sultán avaro
De inefable conmoción.

Apura con mano trémula
Aquel licor regalado,
Y de nuevo recostado
Quedó sobre el almohadón.
A poco música tenue,
Tierna, lánguida, suave,
Como de lejana ave
El confuso gorgear,

Lanzando sus ecos flébiles
Que llenan el aire vano,
Un deliquio soberano
Se apoderó del sultán.
Es una música lenta,
Pero muy más dulce y grata
Que del arroyo de plata
El murmullo musical.
Más armoniosa y sublime
Que los himnos de la tarde

Cuando en occidente arde
Del universo el fanal.

Música de encantos llena,
De dulcísimos sonidos,
Que al hablar á los sentidos
Enajena el corazón.
Y son más tenues sus ecos
A veces que el ruído leve
Con que en las flores se mueve
La mariposa veloz.

Música que trae sosiego
Y blanda paz para el alma,
Serena como la calma
De peregrina ilusión;
Es el timbre de sus notas
Armónico y argentino,
Es un cántico divino
Cada nueva entonación.

Así el sultán reclinado
Sintiendo cesar sus penas,
Iba corriendo en sus venas
Grato bálsamo letal.

Inclinaba ya la frente,
Con el párpado caído
Y extraño y nuevo ruído
Lo hizo al punto despertar.

Tras las regias colgaduras
Saliendo van con empeño,
Como visiones del sueño,
Las mujeres del sultán.
Unas con bandas azules
De crespón leve y flotante,
En bello grupo insinuante
Comenzaron á danzar.

Otras tañendo laúdes
Sobre el tapiz se asentaban
Y cántigas entonaban
De armonía sin igual.
Poco á poco fué creciendo
La entonación de los cantos,
Y ya con nuevos encantos
Vierten magia celestial.

Antes leve, tenue, escaso,
Fué del canto el son divino;
Ahora cual torbellino

De concentos mil y mil,
Llena el anchuroso espacio
Como torrente fecundo,
Como llena el Sol al mundo
Del uno al otro confín.

Y aquel canto
Tan divino
Y argentino
No cesó.
Y las moras
Cariñosas
Contempló.

Vuelve el rostro
Lentamente
Y la frente
Levantó:
Halló á todas
A sus plantas
¡Ay! á cuantas
Él perdió.

Siente el moro
Las delicias,

Las caricias
Del amor,
Tiende en torno
Larga mano,
Siente ufano
Conmoción

Honda y dulce
Y embeleso,
Siente un beso
Y otros mil,
Y las moras
Agrupadas
Rodeadas
Ven allí.

Que si aspiran
Los olores
De las flores
Del harem,
Dan en cambio
Si no el pecho
Con despecho
Vil placer.

Todas ellas
Son alhajas
De las cajas
Del sultán:
Ya se apartan,
Ya se alejan,
Ya lo dejan
Dormitar.

La música cesó, cesó el aroma
Que exhalaba el dorado pebetero.
La atmósfera pesada lento aspira
El sultán indolente, que suspira
Enmedio de su sueño placentero.

III.

LA CAUTIVA.

Apenas el Sol asoma
Detrás de los pardos montes,
Los esclavos presurosos
Al servicio atentos corren:
Al través de los cristales
De ojiva ventana ponen

Los ojos por divisar
La prenda que allí se esconde.
Es una nueva cautiva
Que por los alrededores
De aquellos campos desiertos
Hicieron á media noche
Del indolente sultán
Los vándalos servidores;
Es una bella cristiana
Que Herminia tiene por nombre,
Y que al lado de su amante
La sorprendieron entonces,
Y por distraer del Sultán
El fastidio que le acoje,
Van á ofrecerla á sus plantas
Aquellos siervos innobles,
A quienes nunca intimidan,
Ni enternecen, ni corroen
Su frío corazón de mármol
Ni súplicas ni dolores;
Que avezados al pillaje
Y por acrecer los goces
Del que les da infame pan,
Que enmedio á la infamia comen,

Roban las castas doncellas
Y en el suplicio las ponen;
Que sólo así de su dueño
Pueden aumentar los goces.
Es Herminia una española
Que ostenta antiguos blasones
De la más pura nobleza
De marqueses y de condes,
Y además en la virtud
Pasó sus días mejores,
Adornada su alma pura
Con mil exquisitos dones
Que coronaron ha tiempo
Del amor los resplandores;
Pero de un amor tan puro,
Que tan sólo en las regiones
Celestiales se hallaría
Afecto más puro y noble.
Ama á Ricardo, doncel
De gran saber y gran nombre,
Pero que espatriado busca
El solaz y distracciones
En las más lejanas tierras,
En las ciudades mejores,

Ó á veces en soledad
Caminando por los montes
Llena el alma de la luz
De sus férvidos amores;
Que Herminia es su adoración,
El Edén donde se esconde
Toda su felicidad,
Su vida, su fé, su nombre,
Sus más queridas creencias
Con que en la niñez crióse,
Y tal vez hasta la santa
Religión de sus mayores.

IV.

EL PRESENTE.

Ya está delante del sultán Herminia:
Los esclavos ufanos de su presa
A su señor con tono reverente
Hicieron de una virgen el presente.
A una señal despejan
Y á la tierna paloma y al milano
Solos en el diván al punto dejan.
Y así el sultán de nuevo amor ansioso
Dijo á Herminia con tono melodioso:

—Ven y siéntate, cristiana,
Sobre este cojín de oro,
Voy á contarte del moro
La delicia soberana;

No tiembles cuitada, no,
Que nadie tiembla á mis piés,
Que nunca fué descortés
Quien de cortés se preció.

Ven, cristiana, tengo el alma
Desde el punto en que te viera
Inundada toda entera
De amor, me robas la calma.

¿Y cómo no, si tus ojos
Son dos luceros radiantes
Y tus labios insinuantes
Como la granada rojos?

Si son tus manos de armiño,
Si es tersa y linda tu frente,
Si es tu mirar elocuente,
Y tus piés de tierno niño.

Si es de abeja tu cintura
Y es tu talle cual la palma;

¿Cómo es posible que el alma
No te adore con ternura?

En verdad comprendo bien
Que entre todas mis huríes,
Si por fin de amor sonríes,
Serás reina del harém.

No temas nunca, cristiana,
El cambio de tu fortuna,
Que bajo la media luna
Será hermosa tu mañana.

Aquí del amante moro
Tendrás siempre á manos llenas,
Para consolar tus penas,
El espléndido tesoro.

Pues si tu pesar se ahonda
Por tus ya perdidos bienes,
Pondré corona en tus sienes
De diamantes de Golconda.

Y el pecho que amor me inspira
Porque tu amor me reveles,
Te daré porque lo veles
Cien chales de Cachemira.

Que yo enmedio de mi amor
Tantos deleites acopio,
Que me aduermo con el ópio
De Tebaida embriagador.

¡Si vieras, cristiana linda,
Qué dulces son mis beleños,
Y cómo acarréan sueños
Con que el deleite nos brinda!

Ah! tú tomarás también
Mi narcótico preciado,
Perfumaré tu tocado
Con almizcle de Kotén.

Y porque más te consueles
Si crees espinas pisar,
De hoy más cristiana has de hollar,
Del Tíbet, preciadas pieles:

Y si el fastidio te enerva,
Mil peces originales,
Verás nadar en cristales,
Que sólo Arabia conserva;

Tendrás en este recinto

Para tu gusto halagar
Las producciones del mar,
Y las frutas de Corinto;

Y si se apagan tus bríos
Con el calor estival,
En un estanque real
Tomarás los baños fríos.

Que es muy dulce y muy sabroso
Entre olas rebullir,
Y luego de allí salir
A mi retrete aromoso.

Ven, pues, cristiana, á mi lado
Porque mientras más te veo,
Más aumentas mi deseo,
Estoy más enamorado.

¿Qué dices, cristiana mía?
No así mi pesar ahondes,
¡Ah por qué no me respondes?
¡Apiádete mi agonía!

Y esto diciendo levantó la mano
Y la mano de Herminia tomó ansioso;

Mas ella con orgullo soberano
Así exclamó con tono magestuoso:

«En vano ¡oh moro cínico! me invitas
Á placeres que embriagan los sentidos,
Que nunca de indolentes sibaritas
La pereza anhelé, ni esos mentidos
Y pasajeros, cuanto impuros goces,
Que os tienen en la inercia embrutecidos!
Yo amo la luz del esplendente día
Y odio tu harém oscuro y vaporoso;
La religión que adoras no es la mía,
Yo rindo ante la cruz culto piadoso
Y de Cristo á las máximas sublimes
Tributo mi homenage,
Y si en el alma amor sentí algún día
Allí grabado está mientras aliente,
Sin ese puro amor que el pecho siente
Aún en tu mismo Edén me moriría!
No pretendas, cruel, que yo te adore:
Dame la libertad si tanto me amas,
Ó si hay en tu alma de nobleza un punto
Tu deleite no compres con mis penas,
Y ya que tanto sinsabor derramas

Con tu súplica atroz, alcanza al menos
Mi gratitud rompiendo mis cadenas.»
Dijo, y corriendo el rojo cortinaje
Dejó al moro transido de coraje.

V.

CATÁSTROFE.

El harém aquella noche
Fué un confuso laberinto;
Por todas partes los siervos
Van y vienen con ahinco;
Algo pasa extraordinario,
Pues de alarma los indicios
Por donde quiera denotan
Grave y penoso conflicto.
Crujen los duros cerrojos,
Se oye de voces bullicio,
Y de impacientes caballos
Los compasados relinchos.
De las armas se oye el choque,
Todos van y vienen listos,
Hasta que las altas torres
Ilumina el tenue viso

De la sonrosada aurora
Que aguardaban con ahinco.
Está el sultán reclinado
Y parece pensativo,
Y junto al diván se mira
En un cojín amarillo
Una cajuela cerrada
Que encierra algún exquisito
Y preciado objeto, pues
El sultán aún distraído
No le quita las miradas,
Y ríe con regocijo;
Y así pasó muchas horas
Meditando de contino,
Hasta que pidió un eunuco
De introducirse permiso.
«¡Traedla!» dijo el sultán,
Y apenas va transcurrido
Un instante, Herminia bella
Apareció en aquel sitio.

Acércate, Herminia, mi bella cristiana,
Y Alah te haya dado más cándida paz.
Mirarte pretendo tranquila y ufana,
Sentir mis caricias, dar fuerza á mi afán.

En vano tus ansias, en vano tus quejas,
En vano ese llanto de amarga aflicción;
Estás bien guardada, son fuertes las rejas,
Y tienen mis gentes sobrado valor.

¿Qué quieres, acaso vagar por los prados
Al rayo enojoso del fúlgido Sol?
No ves que tu cuello, tus hombros nevados
Perdieran su níveo divino color?

Aquí tienes techos de ebúrneas labores
Tapiz aquí tienes de Persia á tus piés,
Y baños de mármol y lechos de flores,
Y en áureos jarrones aromas do quier.

Aquí tienes muchas esclavas atentas
Pendientes del eco, mi bien, de tu voz;
Si ríes, ellas gozan; si pena alimentas
Consuelos prolijos te ofrece su amor.

¿Qué tienes? reposa, cristiana; las horas
Cual humo ligero veloz pasarán,
Cual pasan al viento las aves canoras
De amores gozosas sin pena ni afán.

¿Qué tienes, cristiana? ¿por qué tan es-
[quiva

Ingrata, así pagas mi férvido amor,
Acaso la angustia de triste cautiva
De amor infinito la luz no borró?

No llores; me duele tu pena y tu llanto,
Enjuga esas perlas que líquidas van
Surcando tu rostro; mitiga el quebranto,
Y entrégate en brazos del rico sultán.

¡Qué hermoso es tu talle! sin duda al es-
[pejo
No has visto tu espléndido soberbio capuz,
Ni cómo la grana le presta un reflejo
Al pálido rostro bañado de luz.

Sin duda que el necio mezquino cristiano
Tu rara belleza jamás comprendió,
Tus dientes ebúrneos, tu talle galano,
Tus ojos más bellos que el fúlgido Sol.

Acércate, Herminia; mi pecho te adora,
De hoy más, si me amas, conquistas tu bien;
Te he dicho, y te juro, serás la señora,
La reina dichosa del mágico harém.

Responde, ¿me amas? ¡te adoro, mi en-
[canto

Ya siento en mis venas el fuego correr,
Responde, te ruego, respóndeme, ¡ay cuanto
Tu encono ha aumentado mi cruel padecer!

Responde! á tus plantas Herminia! te
[adoro!
¿No ves en mis ojos de amor el volcán?
¿No ves que rendido derramo mi lloro?
¿No ablanda tu pecho mi bárbaro afán?

Responde...! impasible me escuchas, cris-
[tiana,
No excites mi encono, si quieres vivir...
¿Me amas?—¡Te odio!—con voz soberana
Responde resuelta la bella infeliz.

—¡Lo quieres! el moro contesta sereno;
Mas crispa los puños debajo el capuz,
Y crujen sus dientes, se agita su seno,
Al paso que ríe mostrando quietud.

Pero es la ira ciega, la hiel es la saña
Del réprobo, el llanto que roe el corazón,
Lo que él simulando sonrisas entraña
Rasgándole el alma con sordo furor.

Contempla esa prenda, la dice; la guardo
cual guardó en el alma tu púdico amor...!
Abrió ella la caja, y al verla... ¡Ricardo!
Frenética y loca, ¡Ricardo! exclamó.

¡Su cabeza! gritó.—Sus bellos ojos
Giraron en sus órbitas violentos,
Erizóse su luenga cabellera
Al contemplar de su adorado amante
Los despojos sangrientos...

—¡Hiena! dijo, jamás tu mano aleve
Mi frente tocará, soy suya! Impídeme
Que me una á él! ¡Oh mónstruo abominable!
Luego, lijera, cual serpiente airada,
Con el corvo puñal del moro atónito,
Hirióse con furor y cayó al punto
Sobre el muelle tapiz ensangrentada.

MARÍA DE LOS ÁNGELES.

LEYENDA.

I.

LA CITA.

ENTRE dorados reflejos
Y celajes de colores
Que forman vistosos grupos
Sobre la cima del monte,
Declina el ardiente Sol
Y ya en ocaso se pone,
Cuando sube en occidente
Masa gigantesca, informe,
De pardas nubes que giran
Trepando al zénit veloces,
Y en cuyos senos se encienden

Relámpagos brilladores
Que iluminan por instantes
Cenicientos nubarrones,
Dejando después un campo
En donde viene la noche
Negra, amenazante, horrible,
A enseñorearse en el orbe.
Y en tanto natura jime
Y se envuelve en sus crespones,
De la tempestad temiendo
Los crudísimos rigores,
Bajo un humilde portal
Donde anidan los aviones,
Sobre una musgosa piedra
Está una mujer entonces
Estática contemplando
De ocaso los resplandores,
Y por sus lindas mejillas
Dos lágrimas lentas corren,
Que, desprendiéndose al fin,
Entre los pliegues se esconden
De la abandonada falda
Que el aire agita veloce:
¡Ay! desgraciada paloma

A quien el pesar corroe,
Como el asqueroso insecto
Que en una rosa se pone!
Está esperando con ansia
Que se escondan los fulgores
De ese moribundo Sol
Tras de las peñas del monte,
Pues bajo de aquel portal
Ha de entablar en tal noche
Con Eduardo de Aguilar
Dulces pláticas de amores.
¡Ah, los instantes más breves
Cuán pausadamente corren
Para quien espera el bien
En que su ventura pone!
Así la infeliz María
De los Angeles, que el nombre
Es éste de la mujer
Cuya historia en mis renglones
Escribo, las horas cuenta
Acosada de temores,
Y siente en su tierno pecho
Punzando los aguijones
De desgarradora duda

En tanto cierra la noche;
Hasta que por fin cubriendo
Las sombras el horizonte,
El espacio vanamente
Con la mirada recorre
La enamorada María
Presa ya de mil dolores,
Y porque los elementos
Estuviesen más acordes
Con el estado de su alma
El huracán desatose,
Y bramaron los torrentes
Con formidables rumores,
Y en el terrible espectáculo
Que ante su vista se pone
Más y más de su pasión
Se enciende el volcán entonces,
Y de soberano aliento
Se siente animada, y corre
Al través de las malezas
Y de peñascos disformes
Al encuentro de su amante
Que no llegará en tal noche;
Que, aunque es mancebo atrevido

Y por intrépido corre,
Hay tempestades que inspiran
Terror en los corazones,
Y hay noches, cual la presente,
Que hasta á las fieras imponen
Pavor; y tan solo buscan
Un lugar donde reposen;
Mas la mente enagenada
De María no conoce
Los peligros que la cercan
Ni el abismo que le esconde,
Y, desatinada y loca,
A los vagos resplandores
De los lívidos relámpagos
Entre la selva perdiose.

II.

EL ANCIANO.

Apenas tronó en el cielo
El amenazante rayo,
Salió al oscuro portal
Presuroso un noble anciano;
Y murmurando «hija mía»

Buscaba el desventurado;
Mas sólo el rumor del viento,
La lluvia que los peñascos
Azota, y el ronco trueno
Respondieron con espanto.
Y desolado y lloroso,
El inconsolable anciano,
Por todos los aposentos
Anduvo errante buscando
A su adorada María,
Que de su vejez es báculo;
Pero mientras más discurre
En el imprevisto caso,
Menos acierta y más llora;
Piensa más y piensa en vano,
Luego fuera de la casa,
Del jardín por el cercado,
Por las tapias de la huerta,
Y por uno y otro patio,
Sufriendo pesada lluvia
Anda el anciano gritando,
Y en todas partes silencio
Y pavura y sobresalto
Lo cercan, y no comprende

Aquel insondable arcano.
Al fin sobre el blando lecho
Cayó con letal desmayo,
Estando por largo tiempo
Sin movimiento postrado;
Pero de nuevo sus fuerzas
Lo sacan de aquel estado,
Y súbito un pensamiento
Lo asalta, y reflexionando,
Como el que busca una luz
Quedó por un breve rato;
Hasta que al fin en su mente
Su resolución tomando
Aparta todos los muebles,
Abre todos los armarios,
Y al fin da con unas cartas
Que María con cuidado
Guardaba en un cofrecillo
Que nunca miró el anciano;
Y á la luz de roja lámpara
Leyó con gran sobresalto
De esta manera: «María:
«Hará poco más de un año
«Que os sigo constantemente,

«Arrostrando enamorado
«Vuestros altivos desdenes,
«Vuestros desprecios no escasos;
«Concededme, pues, que os vea
«Para que sepais mi estado:
«En el portal á las diez,
«Que yo andaré por el campo.»
Sin firma estaba la carta,
Y otra de la misma mano
Que decía: «Tu altivez
«Ha de costarte bien caro,
«Ya sé á quién amas, María,
«Teme mi venganza.—*El Diablo.*»
Y aquí llegando el buen viejo
Despedazó entre sus manos
El fatídico papel,
Y en cólera rebosando
—¡Me la roba!—murmuró;
Y su rostro seco y pálido
Iluminó de repente
El azulado relámpago.

III.

LOS FUNERALES.

Al fin los apiñados nubarrones
Que enlutaban la bóveda del cielo,
Gastados por los recios aquilones,
Formando están un transparente velo
Por donde lanza tímida, indecisa,
La soñolienta luna
El tibio rayo de su luz remisa:
Las hojas de los árboles gotean,
Las auras murmurando
La húmeda tierra por do quier orean,
Rumorosos sonidos
En sus alas levísimas llevando;
Los medrosos reptiles
Comienzan á silbar entre las grietas,
Y á la dudosa claridad se mira
Que revuelan inquietas
Las aves vagabundas de la noche,
Que lanzan cual tristísimo gemido
Su siniestro graznido.
Todo cambió; las aguas del torrente

Con más pausado son van caminando,
Y la amarilla Luna,
En mil espejos por do quier tendidos,
Con opaco fulgor está rielando.
Se aspira en el ambiente
Grato frescor y aromas de las flores,
Y en el ramage de la selva espesa
Y en las barrancas hondas,
Se levantan de nuevo
Mil plácidos rumores.
Por estrecha vereda
Una figura blanca se desliza,
Cual ninfa sosegada
Que del cristal de límpida laguna
Vagarosa y gentil, la faz velada,
Sale al contacto de amorosa brisa
Por misteriosos genios evocada:
Se detiene un instante,
Y hondo suspiro de su pecho exhala,
La frente levantando,
Y la serena Luna contemplando;
Mas de súbito escucha resonante
El lúgubre tañer de una campana;
Su corazón entonce,

Sereno en la terrífica tormenta,
Sintió un vago dolor que se acrecienta
Al acento fatídico del bronce.
Tiende la vista en derredor, las sombras
De los añosos árboles semejan
Movibles mónstruos, que, do quier girando,
Van sus alas deformes desplegando:
Una luz á lo lejos se divisa
Vagarosa y rojiza.
Y en tanto el desacorde clamoreo
De funeral campana, vago, incierto,
Se escucha sin cesar tocar á muerto.
A medida que avanza
Tristísima María
Más claramente alcanza
El sordo acento de salmodia pía:
Se acerca al fin: la fúnebre comparsa
Al pórtico llegaba
De una mezquina iglesia derruída,
Y con hachas de cera iluminaba
De no sé qué infelice la partida.
La joven con asombro contemplaba
Aquel cuadro terrífico y doliente,
Vago presentimiento la acosaba,

Y copioso sudor bañó su frente;
Estática, los labios entreabriendo,
Y la mirada fija y centellante,
Los latidos del pecho conteniendo,
Pálida la color de su semblante,
El féretro miró; cuando en voz baja
Hablaban á su lado
Dos hombres de siniestra catadura.
—¿Quién es el muerto? preguntó, dejando
Oir el timbre de su voz tan pura;
—Eduardo de Aguilar, contestó un hombre;
Y los aires rasgando
Un gemido supremo, inexplicable,
Cayó María de súbito en desmayo,
Cual pobre arbusto que destroza el rayo.

IV.

UN VOTO SOLEMNE.

Allá en el fondo de un valle
Que del camino se aleja
Se ven los techos de teja,
Al fin de frondosa calle,
De una casa sola y vieja;

Años ha que en ella mora
Don Pablo, que acaso cuenta
Años lo menos cincuenta,
Y que se halla ausente ahora
Con pretexto de una venta;

Porque el buen hombre, á creer
Lo que cuentan sus vecinos,
Suele comprar y vender
Ganado, y le da por ser
Traficante en los caminos:

Otros dicen que atesora
Bienes de inmensa valía,
Que no se le ve de día,
Que sale al salir la aurora
Ó con la noche sombría;

Pero es lo cierto del caso
Que es don Pablo hombre de cuenta,
Todos le ceden el paso
Corteses, y acaso, acaso,
No es por compra ni por venta.

En esa casa ruín
Que se divisa por fin

Allá en el fondo del valle
Al terminar una calle
Y del bosque en el confín,

En mezquina habitación
Y al fulgor de una candela,
Se percibe en confusión
Una enferma en un rincón
Y una vieja que la vela;

Silenciosas por demás
Ambas mujeres estando,
Según la noche va entrando
Se percibe más y más
El pavor que está reinando:

Mas al fin de tiempo largo
Que transcurrió lentamente,
Ante la vieja impaciente,
Volviendo de su letargo,
Alzó la enferma la frente.

—¿En dónde estoy? murmuró
Con imperceptible acento;
El cabello se apartó

De los ojos, suspiró,
Y contempló el aposento.

—Ya vuestro mal no os aqueja
Que tanto me contristaba,
Por Dios que no lo esperaba
Tan pronto—la horrible vieja
Dijo frunciendo la ceja.

—¿Pues qué?....
—Del campo os trajeron;
Que os enfermásteis allí.
¿No lo recordais?
—Sí, sí.
—Y dos hombres os pusieron
Falta de sentido aquí.—

—Gracias, murmuró María,
Con una sonrisa pura,
Pero de nuevo sentía
Renaciendo su agonía
Al peso de su amargura.

—Mañana al amanecer,
Dijo la vieja gruñendo

A María; podrá ser
Que os lleven de aquí, á mi ver,
Según lo que yo comprendo.

Y mil ideas en tropel
Dentro de su mente evoca
A su memoria fiel,
De su perdido doncel
El amor la vuelve loca.

¡Pobre tórtola viuda,
Que en pos voló de su amante,
No sabe que en peña ruda
Del cazador arrogante
Lo hiriera saeta aguda!

¡Pobre mujer que el amor
Arrebatara al tormento,
Como la marchita flor,
Que, perdida la color,
En sus alas lleva el viento!

¿Qué será del pobre anciano
Sin su adorada María?
¿Quién le tenderá su mano?

¿Quién le explicará el arcano
En que su mente extravía,

Y qué será de esa rosa
Que llevan los aquilones
En su furia desastrosa?
Cándida, jóven, hermosa,
Juguete de las pasiones.

Viendo á María sosegada
La vieja, fuese tomando
La puerta medio entornada,
Por la vigilia cansada
Y entre dientes murmurando.

Entonces la joven pura,
En medio de aquel quietismo,
Dando rienda á su amargura
Nuevas penas se figura,
Y se figura un abismo:

Terrible arrepentimiento
Va exaltando su conciencia,
Se avergüenza de su intento,
Y se aumenta su tormento,
Y le pesa su existencia.

Tiembla de su misma falta,
Y llora de amarga pena,
Y su mente se enagena
Porque á su razón asalta
Carcoma que la envenena;

Mas al fin de duelo tanto,
Y de tan duros enojos,
Al cielo elevó los ojos
Contuvo un momento el llanto
Y dijo, puesta de hinojos:

«Madre y Señora mía,
»Que tiendes á los débiles mortales
»Con inefable amor tu mano pía,
»De esta infeliz que llora solitaria
»Acoge la plegaria
»Que con fervor su corazón te envía:

»Dulcísima paloma, Madre tierna,
»Divina flor del ínclito Calvario,
»A tí con fé, con religión, con fuego,
«Mi espíritu se eleva solitario:
»Tú que al pié de la Cruz donde moría
»El Salvador del mundo,

«Hijo de tus purísimas entrañas,
«Llena de amor y de dolor profundo
»Vertistes á raudales
»El llanto que en la tierra curaría
»De la mezquina humanidad los males;
»Tiéndeme ¡oh Virgen! desde el alto cielo
»Una sola mirada de consuelo.
»Viviré para tí, para adorarte
»Y llorar á tus piés arrepentida;
»Del mundo huiré y por siempre
»De toca y de sayal iré vestida;
»Acoge mi oración, Virgen Santísima,
»Mi alma te doy, protege á la que llora,
»A la que triste tu bondad implora:
»¡Ten de mí compasión, Madre purísima!»

Y aquí ocultando la frente
En ambas manos María,
Cesó la oración ferviente,
Y nadie supo imprudente
Si velaba ó si dormía.

V.

LOS BANDIDOS.

Despedía ya la Luna
En el zenit su fulgor,
Y brillaban las estrellas
En dudosa confusión,
Y en la parroquia vecina
Sonaron al fin las dos.
A poco por el camino
El lento pasó se oyó
De un caballo, y en los aires
Un silbido resonó,
Que fué contestado al punto
Lo mismo por otros dos.
De la callecilla de árboles
Seguía la dirección
El ginete que ha un instante
Con un silbo se anunció;
Al frente de aquella casa
De súbito se paró,
Silbó de nuevo y las puertas
Abiertas al punto vió,

Que cerrándose tras él
Todo en silencio quedó,
Sin turbar aquella calma
El más ligero rumor.
Era don Pablo sin duda
El que á tal hora llegó,
Pues al frente de una mesa
Y de la vela al fulgor,
El rostro desencajado,
Descompuesta la color,
Y atado su brazo izquierdo
A poco se le miró
Como impaciente esperando
Otro compañero ó dos,
Con quien entablar despacio
Deseada conversación.
Mas no esperó mucho tiempo,
Pues que la puerta se abrió
Y penetraron tres hombres
De aspecto siniestro, atroz,
Que murmurando un saludo
Se sentaron en redor
De la mesa donde había
Vasos, botella y licor:

Don Pablo viendo á los tres
Con aire de mal humor,
Fué el primero que el silencio
De esta manera rompió:
—Camaradas, mal va
Este mes con mis hazañas,
He emprendido tres campañas
Y salido herido ya.

—¡Cómo! exclamaron los otros,
—Es cosa de poca cuenta,
Dijo Pablo; en la tormenta
Siempre vencemos nosotros;

—Es el caso y tomó un vaso
Y lo apuró hasta las heces
Y lo mismo hizo tres veces,
Y repitiendo,—es el caso....

—Que salimos al camino
Por un buen soplo guiados,
Mas no bien asegurados
De no hacer un desatino,

—Algo se hizo en el albazo
Pues no eran lerdos los otros,

Murió uno entre nosotros
Y á mí me tocó un sablazo;

—¿Y por acá? preguntó
A uno de los embozados
—También tenemos pescados,
Uno de ellos contestó.

—Y por Dios que es buena pesca,
Dijo otro.
—¿De quién se trata?
—¿De quién? de la mogigata,
Que sobra quién la apetezca.

—Bravo, bien, tanto mejor,
Al que hizo por mí el estrago
Desde luego tome un trago
A mi salud, de licor.

Los dos embozados vieron
Al que se estaba callado,
Y el vaso en que habían tomado
Por delante le pusieron.

—Bruno ¿no tomas? ¿qué es esto?
Dijo Pablo al compañero,

Y Bruno dijo:—no quiero,
Poniendo severo gesto.

—No tomas! esto me admira,
Exclamó al mirarlo Pablo.
—Toma ó por vida del diablo
Que vas á llenarme de ira.—

Pero no respondió Bruno
Y los labios se mordió,
Y desde entonces no habló
De lo ocurrido ninguno.

—Toma, gritó Pablo al fin,
Responde cuando te hablo,
Mentecato.
—Sabes, Pablo,
Que eres necio y eres ruín,
Me parece una traición
Como de ave de rapiña
Tener á esa pobre niña
Encerrada en un rincón,

—Y como el tigre saciado
Que ya más carne no quiere

Y guarda mientras dijiere
Su banquete ensangrentado,

—Tú guardas á esa doncella
Mientras sanas de tu herida,
Y no te importa, homicida,
Que sea tan pura y tan bella.

—Silencio ya, por el diablo,
No quiero moral, lo entiendes?
—Es que si no me comprendes,
He de explicártelo, Pablo,

—Calla.
—A esa niña respeta.
—¿Qué temes por la doncella?
—Desgracia por tí y por ella.
—¿Conque su suerte te inquieta?
¿Ó será envidia?
—Ya basta,
Dijo Bruno puesto en pié,
Si insistes te mataré,
Maldita sea tu casta!

Y en este mismo momento
Desenvainó su puñal:

Pablo le hizo una señal
Y exclamó: *Tu juramento!*

Bruno lanzó una mirada
De profunda indignación,
Y dejó la habitación
Con fuga precipitada.

VI.

EL SUEÑO.

Transcurrieron ya tres días
Desde la noche fatal
En que Pablo y Bruno hicieron
De las suyas cada cual,
Y entre tanto la amargura
Y la congoja fatal
De María de los Angeles
Se aumentaba más y más,
Sin salir de aquella pieza
Sucia y oscura á la par,
Y sin ver más que á la vieja
Dos veces al día no más
Cuando llevaba alimento,
Volviendo luego á dejar

La puerta muy bien cerrada
Y en silencio y soledad
Aquella espantosa cárcel
Cercada de oscuridad,
Donde la infeliz María
Nunca cesó de llorar,
Eternamente pensando
En su horrible más allá.
Muerto su amante, y su padre
En la agonía quizás,
Pues débil era el anciano
Para golpe tan fatal,
Y sin saber dónde estaba,
Ni quién la pudo llevar
A aquella triste mazmorra
Privada de libertad,
Y en continuas congeturas,
Procurando adivinar
De aquellos hondos misterios
La causa con claridad.
Aquella enjaulada tórtola
Se afanaba sin cesar,
Y ya en su débil cerebro
Comenzaban á cruzar

De la voraz calentura,
En tumulto pertinaz,
Las visiones espantosas
Que miedo al enfermo dan.
Mas una noche que el sueño
Pudo tranquila tomar,
Y dormía como un niño
Con palpitación igual,
Se entreabrió pausadamente
La puerta cerrada ya
Por la imperturbable vieja,
Y Pablo logrando entrar
Se paró frente del lecho
Con espantoso ademán,
Mirándose por su labio
Una sonrisa vagar,
Una sonrisa siniestra,
Sonrisa de Satanás.
La encantadora María
En el profundo solaz
De su sueño sonreía
Con sonrisa celestial,
É incorporándose á poco,
Con apacible ademán,

De hinojos sobre su lecho
Como si fuera á rezar,
Alzando al cielo los brazos
Quedó sin pestañear,
Y del cuadro de la Virgen,
Que sobre una mesa está,
Con lentitud se desprende
Azulada claridad
Que en mil rayos se reparte
Y sobre el semblante da
De María arrodillada
Que, en éxtasis celestial,
Mira á la Virgen purísima
Que entre ángeles está
Dirigiendo una mirada
De sublime claridad,
A la que ya arrepentida
Su falta supo llorar:
Y aquellos ángeles blancos
Que rodean sin cesar
A la Reina de los cielos
Y culto de amor la dan,
Batiendo sus alas diáfanas
Con blando vaivén igual,

Sobre nubes plateadas
Y bajo el íris de paz,
Entonan divinos cánticos
De armonía celestial;
Y Pablo nada conoce
De cuanto pasando está,
Y sólo se ve sumido
En profunda oscuridad,
Distinguiendo escasamente
En actitud de rezar
A la que la luz del cielo
Vino tranquila á bañar;
Mas un pavor misterioso
Sintió el bandido al entrar,
Y acaso por vez primera
Allí tembló el criminal.
Iba ya á sobreponerse
Y nuevo esfuerzo á sacar,
Cuando sintió los dolores
De su herida y desangrar
El brazo que lleva atado,
Pero con ímpetu tal
Que vaciló unos instantes
Temiendo en el suelo dar,

Y retrocediendo entonces
Fuese la puerta á tomar,
Diciendo: ¡maldita herida!
Por Dios que pena me dá!
Y murmurando entre dientes
Blasfemias, se fué á tirar
En un rincón de la pieza
Ebrio y muriendo quizás.

VII.

BRUNO.

En el oscuro fondo
De una barranca lóbrega y profunda
En la desnuda roca
Está abierta al acaso
De negra cueva la imperfecta boca,
Y apartado á distancia con cautela
Siniestro centinela.
A la dudosa claridad del día
Que aquella entrada de la cueva puebla
Y más profundamente
Se extingue triste como densa niebla,
Tres figuras se miran

Una de un hombre noble en la apostura
La otra es Bruno y la que queda, un hombre
De humilde catadura
De quien sin duda no se sabe el nombre.
—Decid, ¿teneis dinero?
Le preguntaba Bruno al caballero,
Porque á tenerlo os juro
Que hoy vagábais ya libre de seguro,
Y acaso salvaría
Vuestro temible arrojo y ardimiento
Hoy de las garras del león sangriento
A vuestra bella, celestial María.
—Dinero, dijo Eduardo, lo he ofrecido
A tus traidores camaradas,
—Vamos,
Repuso Bruno, no nos entendemos,
Pues si yo les duplico la parada
A éste y al centinela bien compramos
Y esta noche emprendemos la jornada
Y á la morada del patron llegamos.
—Hazlo todo y te fío
Por Dios y el honor mío
Que premio habrás y mi amistad si quieres.
—Señor, por solo premio,

Quiero salvar á esa infeliz que llora;
Y si después os place
Mandadme como esclavo á toda hora,
Que aunque en el crímen me sumí, conservo
Un corazón leal, una alma buena,
Porque noble nací, pero soy malo
Al detestable influjo
De un recuerdo fatal que me envenena,
Y por eso mi vida
Arrastro confundida
Con estos miserables
Y me aduno á mi vez á sus delitos
Y á sus tramas de horror abominables:
Yo amé, señor, á una mujer un día,
Más que á mi vida, que á mi honor, que á
[todo,
Y una perfidia de la ingrata impía
Mi hermoso porvenir cubrió de lodo;
Y despechado me perdí en el mundo,
Disipando con crímenes y horrores
El recuerdo fatal de mis amores
Y devorando mi pesar profundo.
Era tan bella cual la vuestra, y era
Aún de la misma edad, y no os asombre,

Era en fin hechicera
Y.... María de los Ángeles su nombre.
—¿Qué dices....?
—Sí, señor; pero la suerte
A poco tiempo quiso
Entregarla en los brazos de la muerte.—

Pálida la color, preso el aliento,
Escuchó Eduardo la terrible historia,
Trayendo á la memoria
De mil diversos modos
Los incidentes todos.
«Si ella será?» temblando repetía,
—Si el misterio se aclara, soy perdido,
Y aunque asegura que murió María
Por qué creer palabras de un bandido?
Mas si obra con lealtad, lealtad me sobra,
Y si es noble, nobleza no me falta,
Él por instintos generosos obra,
Y á mí la duda y el temor me asalta.

—Escucha, porque á fé de caballero,
Quiero que sepas lo que acaso ignoras;
Si mientes ¡ay de tí! mas si eres noble
No traiciones jamás con villanía

La confesión de un corazón sincero.
Esa mujer que desolada llora
Y en su desdicha implora
Del cielo compasión en su agonía,
Es bella como bella era María,
Y de la misma edad que aquélla era:
Escucha y no te asombre,
Es en fin hechicera,
Y es... María de los Ángeles su nombre!
Impasible el bandido
El nombre oyó con fría indiferencia.
Dijo, cuando Aguilar hubo concluído:
—Es, no obstante, muy rara coincidencia;
Yo era pequeño niño,
Benévolo un anciano
Me tendió generoso franca mano
Y á su lado viví; pero en mi pecho
Fué encendiéndose el fuego del cariño
Hacia la bellísima María
En quien todo su amor y sus cuidados
El pobre anciano sin cesar ponía.
Ella me amó, pero jamás miraba
En mí otro sentimiento
Que el amor fraternal; yo me creía

Dueño absoluto de su amor ardiente
Y la ofrecí de esposo la cadena;
Mas el anciano rígido
Tratándome cual mísero y menguado
Me arrojó para siempre de su lado,
Y á infame sociedad en mi despecho
Me uní buscando sin cesar la muerte,
Burlándome del mundo y de la suerte.

En la noche pasada,
Mirando unos solemnes funerales
Me dijo un camarada:
—Ayúdame á cargar con esa joven
Que conduzco de Pablo á la morada;
Indagué su dolencia y me dijeron
Que al oír vuestro nombre,
Como herida de un rayo,
Cayó postrada en sepulcral desmayo,
Y según lo que advierto,
Le dijeron tal vez en las exequias
Que vós érais el muerto,
Supe después que os sepultó Don Pablo
En este sitio oscuro
Y que tuvo también una partida

Donde bravo campeón le dió una herida.
—Ya lo comprendo todo.
—Dispensadme,
Que á acabar me apresuro:
Al saber que una joven hechicera
Que se llama María
Fué la presa del tigre carnicero,
Vino súbitamente á mi memoria
Esa pasada historia
Que por siempre fijó la suerte mía,
Y me sentí inclinado
Á hacer el bien, mi corazón acaso
Después de muchos años
Por la primera vez ternura siente
Y detiene mi paso,
Y es con un infeliz dulce y clemente.
—Bien está, tu franqueza me enagena,
De firme confianza
El corazón me llena
Y fundo en tí dulcísima esperanza;
Pero leal y cumplido caballero
Abusar yo no quiero
De tu buen corazón y con franqueza
A mi vez te pregunto: ¿si esa joven

Fuera tal vez á la que amaste tanto
Y supieras que yo, más venturoso,
Soy esta vez su prometido esposo,
Me salvarías también?
—Señor, lo juro.
—Tienes un corazón noble y sincero
Jamás creí que entre bandidos viles
Encontrara mi suerte un caballero.

—Yo sé, repuso Bruno brevemente,
Que la amais con pasión y que ella os ama
Con un amor purísimo y ferviente:
Yo la adoro también, pero me juzgo
Del todo indigno de ella,
Y pues que ha muerto para mí en el mundo
Creo que hay entre ambos la distancia
Que entre un reptil inmundo
Y una remota refulgente estrella.
Yo sé muy bien que ha muerto mi María;
Mas si la vuestra es ella
Del mismo modo que si hubiera muerto
Tan solo para vos la salvaría.
—Gracias, gracias te doy, presto volemos.
—Ah! no temais aún por su pureza

Porque el cielo sin duda
Nos ha favorecido.
—Ah! que no tiemble la infeliz paloma
Cuando el tigre está herido.

VIII.

EL REGRESO.

La tarde va declinando
Entre luces y entre sombras,
El Sol en el occidente
Negros velos encapotan,
Y apenas lanza un reflejo
Que las nubes tornasolan
De carmín y de violeta
Ó con una tinta roja
Que mil caprichosos grupos
Con esos vapores forman,
Que semejan muchas veces
De la zafirina bóveda,
Que de dosel sirve al mundo,
Las risueñas banderolas.
Todo calla, poco á poco
La naturaleza toda

Se recoje en esa tienda
Enlutada y pavorosa
Que prendida en el zenit
Difunde do quier la sombra.
No cantan los ruiseñores,
Ni se quejan las palomas,
Ni trepa la inquieta cabra
Por las esmaltadas lomas.
Ya no silban los pastores
Esas cántigas monótonas
Con que á la lumbre del Sol
Distraen su calma estólida,
Ni en el desierto camino
Andan los que van y tornan
En direcciones opuestas
Siguiendo su ruta sola.
Todo calla, todo duerme,
Y en sorda calma reposa,
Y sólo tres caminantes
Entre las sombras dudosas
Del crepúsculo sombrío
A paso, que poco acortan,
En tres airosos caballos
Cabalgan á tales horas.

Dos de ellos van por delante
Como conversando á solas
Y á respetuosa distancia,
Como escudero ó escolta,
El otro que á sorprender
Sus tristes miradas torvas,
Camina como impelido
Por una ley poderosa
Más bien que porque le plazca
Seguir la jornada toda
Detrás de los que se pierden
En conversaciones hondas,
Que si no sabe, adivina,
Y si adivina le acosan,
Rasgándole el corazón
Como espinas punzadoras,
Pues tales eran las voces
Que escuchar no le acomoda.

«María, arcangel que en mi mente evocas,
Dulce, magnífica ilusión, ¡María!
Tú eres el germen de mis ansias locas,
Tú eres la estrella que mis pasos guía;
Sin tí la vida detestable fuera,

Sin tí cual pobre insecto yo estuviera,
Sin alma, sin amor, sin fé, sin vida:
Tesoro del amor que me inspiraste,
Encanto de la fé que conservaste
En mi gastado corazón; las horas
Pasando van cual aves voladoras,
Cuando estoy junto á tí, cuando te miro,
Cuando contemplo estático, extasiado,
Tu angelical semblante
Y se exhala del pecho
De suprema emoción hondo suspiro,
Divina luz de perenal ventura;
Tú viertes á torrentes la dulzura
En mi vida sombría,
Alma del alma mía.»

No se oyó más, que desatado el viento
Sacudió el follaje de los árboles
Confundiendo sus plácidos rumores
Con el sonoro acento
De aquellos venturosos amadores
Henchido el corazón de amor ardiente,
Y la abrasada mente
Llena de venturosas ilusiones.

Ambos se adoran, sí, con fé constante,
Ambos ardiendo en la vorace llama
De su inmensa pasión, su pensamiento
Vive no más para la dicha inmensa.
Para un mundo divino
De luz y de placer, y de delicias
De dulces emociones y caricias,
De eterna venturanza,
Que les marca risueño su destino
Y les ofrece alegre su esperanza.
Ese mundo magnífico dó vuela
El alma enamorada,
Ese mundo en que giran
Suavísimas las brisas,
Levantando doquiera mil rumores,
Que en sones delicados
Acompañan de músicos alados
La tierna melodía de sus amores;
Donde las fuentes corren cristalinas
Entre las guijas con gentil murmullo,
Donde pían las pardas golondrinas
Y levantan las tórtolas su arrullo,
Donde gallardas flores
Se abren al beso cariñoso y blando

Del aura que recoje sus olores
Entre las ramas sin cesar vagando;
Ese mundo en que el férvido poeta
Nacido para el templo de la gloria
Encuentra un manantial inagotable
De imágenes que exaltan su memoria,
De goces que acarician los sentidos
En deliciosa calma,
De sentimientos para el pecho tierno,
De pensamientos puros para el alma.
Mas ¡ay! que en esta vida
Cual la implacable muerte
Tiene el destino la segúr alzada,
Y en medio del placer y la ventura
Grita: «hasta aquí» fatídico y terrible
Y derrama honda copa de amargura
Y en vez de encontrar flores
Sólo miran los ojos,
Al ocultar el Sol sus resplandores,
Lágrimas, tedio, sinsabor, enojos.
Todo muere cual rosa en los jardines,
Todo pasa cual nube vaporosa,
Todo se extingue cual la luz dudosa
De crepúsculo vago
Del nublado horizonte en los confines.

¡Pobres amantes los que ahora ríen,
Pobres palomas las que ahora cantan;
En tanto que en su júbilo se engríen,
Negros pesares, súbitos dolores,
Para apagar sus goces se levantan:
Esos tranquilos seres que caminan
Enmedio de su expléndida ventura
Y ante el amor su corazón inclinan,
Vendrá negro fantasma
A derramar en su alma su amargura.

IX.

PERDÓN Y MUERTE.

A un lado de antigua casa
De musgosos paredones,
Hay un humilde portal
Tan abandonado entonces,
Que nace sobre él la yerba
Y entre sus grietas se esconden
Los reptiles y en sus vigas
Hacen nidos los aviones.
De pronto tres caminantes
Al pié de los escalones

Echan pié á tierra, en seguida
Dan en la puerta dos golpes,
Pero nadie al parecer
Acude á saber quién toque
A hora tan desusada,
Pues es entrada la noche.
Tocaron segunda vez,
Pero nadie les responde;
Parece que en la tal casa
Ó duermen como lirones,
Ó no hay en ella vivientes,
Ó los vivientes no oyen,
Pues hasta por cinco veces
Se repitieron los golpes,
Y ya perdían la esperanza
Cuando girando en sus goznes
La desmantelada puerta
Delante de ellos abrióse.
Y al fin de los oscuros aposentos
El de un anciano estaba
Infundiendo pavor á los nacidos,
Como todo lugar donde los pasos
De la terrible muerte son sentidos.
A la medrosa luz de una bujía

Se mira sobre el lecho
Al desdichado padre de María
A quien la ingratitud de una hija amada
Hirió cual dardo agudo,
Y resistir á su dolor no pudo.
Él va á morir; amargas decepciones
Como de invierno crudo los turbiones
Desgajaron el tronco que ostentaba
Su follage pomposo, que la brisa
Con lánguido rumor acariciaba;
Y al murmurar adios, mírase solo,
Solo con Dios, que sus dolores cuenta,
Que á medida que su hálito se extingue
Su fé fortalecida se acrecienta.
Desusado rumor en esa calma
En que el anciano emprende la partida
Percibe en derredor, alguien lo toca
Y con magia cruel habla á su alma:
En vano tiende los inquietos ojos;
No vé, mas siente que á sus piés helados
Temblando una mujer cayó de hinojos.
«¡Padre!» exclamó, llorando,
Con hondo acento de dolor María,
«¡Padre, perdón, perdón!» siguió clamando

Y el anciano á su voz no respondía.
Sordo, insensible el padre á su deseo,
El silencio reinaba,
María mil sollozos exhalaba
Acosada de dudas horrorosas
Hasta que al fin la faz desencajada
Apoyando la faz en la almohada
Dijo con debil voz el moribundo:
—Dime quién eres tú... no te conozco...
Porque en tu frente veo
Huella de deshonor, tu pecho leo,
Y negra ingratitud allí escondida
Acusa á la insensible parricida.
—Padre, soy pura y os adoro ciega.
—Mientes, la que huye de mis dulces lares
Sólo guiada de amorosa llama
Y atribula á su padre de pesares,
Ni es pura, ni es mi hija, ni me ama.....
—Padre, Dios mío, por piedad!
—Ingrata.
Tú, cuya cuna con afán prolijo
Meció este anciano que te amaba tanto,
Pagas su amor y su ternura inmensa
Con desconsuelo y sinsabor y llanto!

Tú que formaste un día
La dulce dicha de la vida mía,
Tú á quien diera mi alma en cada beso
Porque tú eras mi encanto, mi embeleso,
Tú que hiciste feliz mi negra suerte,
Hoy pagas mi ternura y sacrificios
Arrojándome en brazos de la muerte;
Sí, sí, el puñal que rompe mi existencia
Lo blandes tú, brillando está en tu mano,
Ya basta por piedad, sí ya me heriste,
Deja morir... en paz... á un pobre anciano!
Dijo, y pudiendo apenas
Reclinarse en el lecho
Su luenga y blanca barba
Apoyó lentamente sobre el pecho.
—En el nombre del cielo, por las horas
Que á vuestro lado coronó la dicha,
Escuchadme por Dios; harta de penas,
Por terribles congojas acosada,
Nunca rompí las plácidas cadenas
De mi amor hacia vos: arrebatada
Por vértigo infernal, en un momento
Aún de mí me olvidé; pero bien pronto
La luz de la razón iluminando

Mi mente enagenada
Comprendí la extensión de mi locura,
Y con ferviente anhelo
Elevando mis preces hasta el cielo
Amparo le pedí en mi desventura,
Y el cielo me escuchó: la Virgen Santa
De los Ángeles pura
Su portentosa protección me diera,
Y anegados en lágrimas mis ojos
Y abrasado mi sér en fé cristiana,
Agradecida le ofrecí de hinojos,
En el oscuro claustro arrepentida,
Consagrar á su amor toda mi vida:
Mas antes de pasar á ese recinto
Donde expiaré mis faltas penitente,
Dadme oh padre, por Dios, dadme clemente,
Vuestro perdón, y que conserve al menos
Acá en mi corazón despedazado
El recuerdo de haberme perdonado;
Muévanse vuestros labios en mi abono:
Padre, ¡perdón!—Y el viejo incorporándose,
Espirando exclamó:—¡Yo te perdono!
María en los férvidos excesos
De su amor y su pena y su quebranto,

Dejó correr el contenido llanto
Y las heladas manos del cadáver
En su arranque febril cubrió de besos.

X.

LA TUMBA Y EL CORO.

A respetuosa distancia
É inmóviles entre tanto
Estaban Eduardo y Bruno
Cual dos estátuas de mármol.
¡Qué distintos pensamientos,
Cuántos dolores, y cuántos
Desengaños combatían
El pecho herido de entrambos!
La voy á perder, decía
Lleno de congoja Eduardo,
Y Bruno quedaba absorto
Lleno de piadoso pasmo;
Y el odio que en sus entrañas
Tenía reconcentrado
Contra el padre de María
Por tan dilatados años,
Extinguiéndose de pronto

En su pecho lacerado
De cristiana compasión
Sintió saludable bálsamo;
Y cuando el último aliento
Arrojaba el pobre anciano,
Bruno el infame bandido
Calló al punto arrodillado.

Puso María sobre la tumba flores
Como puso en su alma
El sello á sus amores
Que la robaron su sencilla calma,
Y en una tarde del Invierno crudo
En que silbaba el viento
Llevando airado con su empuje rudo
De la bella María el triste acento,
De esta manera Eduardo la decía:
—Al fin me dejas sin piedad, María;
Al fin de duelo tanto
Te mirarán partir al monasterio
Mis ojos anegados por el llanto?
¿En dónde está tu amor? aquellas horas
Que junto á mí pasabas, qué se hicieron?
¡Palabras ¡ay! que al viento se perdieron

—No injusto así de mi congoja fiera
Aguces torpe la acerada punta,
Una y mil veces mi cariño ciego,
Eduardo, te juré, jamás el fuego
Que aquí sintiera se entibió, lo sabes,
Y aún en este momento
Te amo como te amara el primer día
Y dentro el pecho siento
La misma intensidad, el mismo anhelo,
El mismo sentimiento;
Mas si por ese amor horrible falta
La hija cometió y en el abismo
En que insensata me sumí la mano
La sabia Providencia me tendiera,
Cuando en vez de pagar mi negra culpa
Con verme envilecida,
Por la luz de los cielos circuída
Ante la Vírgen santa
Sentí temblar mi descarriada planta
Quieres que torpe el galardón olvide
Que debo á mi divina salvadora?
Quieres que la expiación que he prometido
Se convierta en delicia halagadora,
En mundanal amor ¿quieres que el voto

Solemne que hice ante la Virgen pura
Olvide ya por nuestro amor perjura?
Déjame, pues, que en el cerrado coro
Mi voz los salmos de la Iglesia cante,
Y que á la augusta Madre á quien adoro
Con fé cristiana el corazón levante.—
Así la mano del destino adverso
Al desdichado amante precisaba,
Á renunciar á aquel amor tan puro
Que en su pecho abrigaba,
Dando á su vez de abnegación ejemplo,
Cuando en las altas bóvedas de un templo
Del órgano el concierto resonaba;
Mécense ya los incensarios de oro
Que lanzan azuladas espirales,
Y en religiosa ceremonia el coro
De las esposas del Señor recibe
Á María de los Ángeles, que al mundo
Dá su postrer adios, llena su alma
De fé sublime y de dolor profundo:
Al abrirse las rejas,
Al rumor de los sólidos cerrojos,
Tiende la vista en derredor, sus ojos
Percibieron de pronto una figura

Que en su ademán y lánguida postura
Reconoce al instante
A Eduardo, al triste y desgraciado amante
En cuyo húmedo párpado brillaba
Una lágrima ardiente que abrasaba:
¡Adios! dijo al pasar con sordo acento,
Y un suspiro escuchó; sonó la puerta,
El órgano cesó y allá en el coro
Quedó otra monja para el mundo muerta.

XI.

CONCLUSIÓN.

En esa misma ocasión,
Ya muy entrada la noche,
Dos silenciosos ginetes
Van por el campo á galope;
Y van con seguridad,
Que harto el camino conocen,
Siguen una calle de árboles
Al fin de la cual se esconde
Una casa donde paran,
Entran, y nadie los oye;
Allí encontraron á Pablo,

Que en aquella misma noche
Y á la hora misma en que
Resonaban los acordes
Del órgano en el convento
En que María se esconde,
Espiró desesperado
Y sufriendo mil dolores,
Pues la herida de su brazo
Descuidada cangrenose.
Pasaron Eduardo y Bruno
Junto á él, le reconocen,
Y retroceden de espanto,
Pues tanto desfigurose
Que su cara contraída,
En fuerza de los dolores,
Parece de un condenado
La muda estátua de bronce.
Entraron los caminantes
En su pensamiento acordes,
A la estancia más oculta
De aquellas habitaciones.
«Aquí está» exclamaron presto,
Y descubriéndose entonces
De hinojos los dos cayeron

Con religiosos temores
Ante un cuadro de la Virgen
Cercado de resplandores.

Y en la celdilla humilde de María
Algún tiempo después, aquella imagen
Sincero y puro culto recibía;
Las más lozanas flores
La arrepentida monja le ponía,
Combatiendo sus pérfidos dolores,
Y en ferviente oración allí encerrada
Largas horas pasaba arrodillada.
Y aún cuentan todavía,
Que en mitad de la noche sosegada,
Ya alumbre pura la extensión vacía
Casta Luna argentada,
Ya brame el aquilón, ó truene el rayo,
Caiga pesada lluvia, ó escarcha fría,
En el dintel de un templo
Dos ancianos se miran haraposos
Pasar allí las horas silenciosos
Como en honda oración, hasta que ufana
Los alumbra la luz de la mañana.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

Poesías satíricas.

	Págs.
— La poesía erótica.	9
Los gatos litigantes (fábula).	16
— Epístola sobre el abuso de la chanza. .	18
— Epístola á un amigo de confianza sobre los estragos del amor en nuestros días	25
Los libros y las gatas.	37
El angel y la bestia.	39
El Mundo.	44
El hombre.	48
Oda al chile pasilla.	52
A Piedad, (soneto).	58
Los apretados.	59
A Lola, (soneto).	63
El Máscara (soneto).	64
Bonita, tonta y fría.	65
Los botones	71
El gato y los canarios, (fábula). . . .	72

Págs.

Los Vistas de la Aduana. 76
Los tiempos anormales. 77
Los cargadores. 78

SEGUNDA PARTE.

Improvisaciones, versos humorísticos y de circunstancias.

El 13 de Septiembre de 1847 en Chapultepec 83
La digestión. 94
Por los muertos. 99
Á Andrés Clemente Vasquez. 107
Por los viejos. 108
A fuer de atrevidísimo poetastro (soneto). 116
A la Primavera de 1886 con motivo de mis achaques de salud. 117
El jugador, (soneto). 126
Un pollo en los toros, (soneto). . . . 127
En el álbum de Josefina Pérez. . . . 128

TERCERA PARTE.

Poesías serias, poemas y leyendas.

A Cervantes, (oda) 133
La humanidad doliente 140

Págs.

Á México con motivo de sus guerras civiles. 146
Los toros, (soneto). 157
La Caridad. 158
Freno. 164
A la memoria del malogrado joven médico Román García Figueroa. . . . 169
A los mártires sin nombre. 171
En la sentida muerte del Coronel Doria. 178
Los tres aniversarios. 185
Herminia la cristiana. 201
María de los Ángeles. 225

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

TOMO I.—*Baile y Cochino.....*
TOMO II.—*Ensalada de pollos,* (1.ª parte).
TOMO III.—*Ensalada de pollos,* (2.ª parte).
TOMO IV.—*Los Mariditos.*
TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (1.ª parte).
TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (2.ª parte).
TOMO VII—*Los Fuereños. La Noche Buena.*
TOMO VIII.—*Mis Poesías.*
TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.*
TOMO X.—*Id., íd., íd.* (2.ª parte.)
TOMO XI.—*Isolina,* (1.ª parte.)
TOMO XII.—*Isolina,* (2.ª parte.)
TOMO XIII.—*Las Jamonas,* (1.ª parte.)
TOMO XIV.—*Las Jamonas,* (2.ª parte).
TOMO XV.—*Poesías.*

TOMO XVI.—*Las Gentes que son así.*—En prensa.

THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

BOOK DUE: WID
JUN 26 1978
JUL - 6 1978

BOOK DUE: WID
CANCELLED
JUL 31 1978